El Colegio de la Frontera Norte

CAZANDO LAS OLAS
Cultura e identidad de los surfistas en Tijuana, B.C.

Tesis presentada por

Jesús Salvador Estrada Milán

para obtener el grado de

MAESTRO EN ESTUDIOS CULTURALES

Tijuana, B. C., México
2016

CONSTANCIA DE APROBACIÓN

Director de Tesis: _____
Dr. Luis Escala Rabadán

Aprobada por el Jurado Examinador:

1. _____

2. _____

3. _____

A mis hermanas. Adriana y María José

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo no hubiera sido posible sin el apoyo de varias personas e instituciones. En primer lugar, quiero dar las gracias al CONACYT por otorgarme la beca para realizar mis estudios, y a El Colegio de la Frontera Norte, por la preparación académica, las facilidades y atenciones que recibí durante la maestría.

Quiero agradecer todo el afecto de mi familia. A mis padres, Adriana y Salvador, quienes desde siempre con su ejemplo me han enseñado a ser 'voluntarioso' y a pensar positivo. A mis hermanas, Adriana y María José, por alentarme en todo momento con su energía y cariño. También a Itzel, por nuestro tiempo en Tijuana, tu apoyo constante, compañía y alegría, marcaron por completo esta experiencia incluyendo este trabajo.

Me gustaría expresar mi especial agradecimiento al Dr. Luis Escala, mi director de tesis, por animarme a 'mantenerme en el barco', por su confianza puesta en mí y acompañarme en el estudio de una cultura a la cual nos acercamos sabiendo muy poco; de no haber compartido la inquietud por conocerla, este trabajo no hubiera dado frutos. Enfatizo mi admiración y respeto, siempre estaré agradecido por toda la retroalimentación recibida y por ser un apoyo tranquilo. Quiero dar las gracias también a mis lectores, quienes con sus comentarios y correcciones me ayudaron a mejorar la versión final. Al Dr. Guillermo Alonso por plantear desafíos a partir de su lectura como surfista y antropólogo cultural, que enriquecieron varios de los argumentos aquí presentados; y al Dr. Gabriel Angelotti de la Universidad Autónoma de Yucatán, por su paciente revisión y cuyas recomendaciones fueron claves para llenar los huecos del primer borrador.

Quiero hacer patente mi gratitud a los profesores de la Maestría en Estudios Culturales, a la Dra. Laura Velasco, Dra. Marlene Solís, Dr. José Manuel Valenzuela, Dr. Miguel Olmos, Dra. Olga Odgers, Dr. Alberto Hernández, Dr. Camilo Contreras, Dr. Salvador Cruz, Dr. Oscar Hernández, Dra. Liz Maier, Dra. Ana Lilia Nieto, Dr. Lawrence Taylor, Dr. Arturo Zárate y al Dr. David Castillo, por compartir en el salón de clases su experiencia académica. También a la Dra. Sayak Valencia, coordinadora de la maestría, por el apoyo especialmente en los momentos de más tensión, a Irene Becerra por su asistencia durante el proceso, y al personal de la biblioteca por todas las atenciones recibidas estos años.

Hay otras personas que me han ayudado de diferentes maneras. Quiero darle las gracias a Paula Pijoan, por facilitarme su tesis sobre el surf en Ensenada y haberme puesto en contacto

con surfistas de Playas de Tijuana; a Carlos Varela, por darle color a la tesis con fotografías de su archivo personal; a la Dra. Nora Bringas, que me apoyó con valiosa bibliografía; y también al Mtro. Igael González, por haberme invitado a participar en los seminarios de Sociología de la Música y Sociología del Deporte de la UABC, y por muchas cosas más.

A las y los compañeros de la maestría con quienes tuve la oportunidad de dialogar y reflexionar acerca de múltiples aspectos de la realidad social, y con quienes aprendí mucho. Un diferente tipo de gratitud se la debo a Omar Vargas, por siempre estar, en las buenas y las malas, por las risas, los consejos y las estimulantes discusiones que tuvimos todo este tiempo; también a Verónica, Sofía, Isabel, Miguel, Estefanía, Anabel y Maya, por el ánimo, la ayuda y amistad que me proporcionaron; a Felipe, Iván, Andrea, Eber y Mija, por la 'buena vibra'. Lo mismo para mis amigos de toda la vida, ustedes saben quiénes son, gracias por acompañarme en este trayecto a pesar de la distancia.

Finalmente, pero también en primer lugar, tengo que agradecer a las y los surfistas que me bridaron su apoyo y confianza. Estoy en deuda con ustedes por compartir conmigo lo que sienten cuando están "cazando las olas", por ayudarme a comprender su pasión por este deporte y su afecto por el océano y sus olas. Mención especial merecen José, Eliot, Don Charly, Chichí, Carlos, Frogi, Leandro, Piraña, Harry, Joan, Anna Lucía, Brandon, Alex, Iván, Denisse, Joe, Jesús y Quique. Sin ustedes este trabajo no hubiera sido posible. Esta tesis va dedicada también a todas y todos los que aman y practican el surf.

Nuevamente, muchas gracias.

RESUMEN

La popularidad de la práctica del surf ha venido en escalada en Tijuana y otros lugares de Baja California. El presente trabajo analiza la cultura e identidad en torno a este deporte mediante un acercamiento etnográfico y la elaboración de entrevistas. El surf es una actividad individual, de riesgo, poco regulada y en contacto con la naturaleza, por lo que la investigación examina en el contexto de esta ciudad fronteriza, las formas en que se estructuran los diversos sentidos que vehicula su práctica, los atributos y códigos que definen a los surfers como comunidad, la apropiación del espacio y la resignificación de la naturaleza y el medio ambiente. Al indagar en sus prácticas y discursos, los resultados que arroja esta investigación dejan ver el trabajo sistemático del surfista sobre sí mismo para forjar su identidad y hacer suyos los beneficios que conlleva practicar dicho deporte. También atestigua la manera en que el surf opera como un dispositivo que produce formas particulares de objetivación y simbolización de la naturaleza. Se concluye que la identidad de los surfistas en Tijuana es una adscripción con distintos grados de integración, participación y compromiso, que el surf es una actividad impulsora de relaciones sociales y que permite configurar a través de la experiencia sensible otros valores y significados sobre el mar.

Palabras clave: cultura deportiva, identidad, naturaleza, surfing, Tijuana

ABSTRACT

Surfing has steadily increased in popularity in Tijuana as well as other places in Baja California that have a coastline with rideable waves. Through ethnography and qualitative interviews, this study examines the construction of identity on an individual and group level among Tijuana surfers. This sport has often been associated with individualism, risk, and contact with nature. In order to understand how surfer identities are built this study analyzes in the context of a border city that forms that structure multiple expressions and meanings related to surfing, the symbolic boundaries that identify them as a surfer community, the appropriation of space and the social construction of nature and the environment. Inquiring in their practices and discourses, the passion that drives them to surf the waves, the study reveals the systematic work of the surfer over itself to build its identity and gain social recognition into the local sport culture. Also shows the way in which surfing operates as a device that produces particular forms of objectification and symbolization of nature. The findings indicate that Tijuana surfers have built their identity with varying degrees of integration, participation and commitment, that surfing is an activity that drives social relations and allows to configure through sensitive experience other values and meanings over the sea.

Keywords: sport culture, identity, nature, surfing, Tijuana

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN GENERAL **1**
Planteamiento y delimitación del problema **2**
Pregunta de investigación **4**
Objetivos **4**
Hipótesis **5**
Justificación **5**
Estructura de la tesis **7**

1. MARCO TEÓRICO: CULTURA, IDENTIDAD Y DEPORTE EN LA NATURALEZA **10**
1.1. Estado de la cuestión **10**
1.1.1 El surf como objeto de estudio 10
1.2 Cultura **12**
1.2.1 La concepción simbólica de la cultura 12
1.2.2 Cultura en plural y cultura(s) deportiva(s) 14
1.2.3 Cultura(s) al encuentro con la naturaleza 16
1.3 Deporte **19**
1.3.1 El deporte como juego y mundo en sí mismo 19
1.3.2 El deporte como fuente de emociones 21
1.3.3 El deporte en la naturaleza 23
1.3.4 El deporte como fuente de significado 24
1.4 Identidad **26**
1.4.1 La búsqueda de la identidad personal 26
1.4.2 Referentes de adscripción y sentido de pertenencia 28
1.4.3 La identidad colectiva 30
1.4.4 La identidad espacial y medioambiental 32

2. AL SURF DE LA FRONTERA: GÉNESIS Y CONSOLIDACIÓN DEL SURF EN TIJUANA, B.C. **36**
2.1 Introducción **36**
2.2 Hawái **37**
2.3 California **39**
2.4 Ensenada **43**
2.5 Tijuana **48**
2.6 Aclaraciones finales **53**

3. ESTRATEGIA METODOLÓGICA **56**
3.1 Introducción **56**
3.2 Población de estudio **56**
3.3 Instrumentos y técnicas de investigación **58**
3.3.1 Participación con observación 59
3.3.2 Entrevistas 61
3.4 Análisis de la información **63**
3.4.1 Operacionalización de conceptos 63
3.4.2 Análisis de los datos 65

4. SURFISTAS EN TIJUANA. IDENTIDADES AL LÍMITE **69**

4.1 Introducción: una sesión de surf 69
4.2 Ser surfo en Tijuana 72
4.1.1 La identidad 'al aire libre': surfos de invierno y surfos de verano 73
4.1.2 La identidad territorial: surfos locales y localismo 76
4.1.3 El surf como un estilo de vida 81
4.1.4 El surf y los surfos en la mirada del otro 88
4.2 Organización social y factores asociativos en el surf 95
4.2.1 Las reglas del juego: la colectividad tácita dentro del agua 96
4.2.2 'Fuga al sur': sociabilidad y prácticas colectivas 100
4.2.3 'Barditas Boys': comunidades virtuales e interacción en red 105
4.3 'Yo aprendí a ser ruda": el surf como práctica masculinizada 111
4.4 La medioambientización de la identidad 116
4.4.1 La naturaleza perceptible 116
4.4.2 La identificación con la naturaleza 121
CONCLUSIONES GENERALES 129
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS 136
ENTREVISTAS CITADAS 141
PELICULAS/DOCUMENTALES 142
ANEXOS i
Anexo 1. Glosario surfer i
Anexo 2. Mapa de surf spots vii
Anexo 3. Guía de entrevistas ix
Anexo 4. Guía de observación x

LISTA DE FIGURAS

Figura 1. Matriz de operatividad conceptual 65
Figura 2. Matriz de familia de códigos y sus descripciones 66

LISTA DE ILUSTRACIONES

Ilustración 1. Dibujo del surf hawaiano. 38
Ilustración 2. Surfers californianos a finales de los años cincuenta. 42
Ilustración 3. Fundadores del Baja Surf Club en Playa Hermosa, Ensenada, 1965 46
Ilustración 4. Meme del 'surfo de verano' difundida en redes sociales 75
Ilustración 5. ¡Ya llegaron las olas a 0tb! 79
Ilustración 6. Una vida de surfo dentro y fuera del mar 88
Ilustración 7. Surfistas en la revelación del 'Monumento al kook' 95
Ilustración 8. Surfos conviviendo en el torneo selectivo estatal de Playas de Tijuana 98
Ilustración 9. Alistando las tablas para 'fugarnos al sur' 103
Ilustración 10. Portada del grupo 'Barditas Boys' 108
Ilustración 11. Un deporte de hombres fuertes 115
Ilustración 12. Sunset session 119
Ilustración 13. Surfos limpiando Playa La Joya 126

Creo que tomando en cuenta su principal actividad y el entorno donde la desarrolla, lo que lo distingue es el hecho de que en la historia de la humanidad, es el primero que logró entender e integrarse a la forma de una ola y deslizarse envuelto en ella.

Ignacio Félix Cota, *La tribu de las olas*

Where before there was only the wide desolation and invincible roar, is now a man, erect, full-statured, not struggling frantically in that wild movement, not buried and crushed and buffeted by those mighty monsters, but standing above them all, calm and superb, poised on the giddy summit, his feet buried in the churning foam, the salt smoke rising to his knees, and all the rest of him in free air and flashing sunlight, and he is flying through the air, flying forward, flying fast as the surge on which he stands.

Jack London, *Surfing: a royal sport*

Fuente: Fotografía y archivo personal de Carlos Varela

INTRODUCCIÓN GENERAL

En nuestras sociedades el deporte ocupa un lugar destacado. Por ejemplo, las escuelas promueven la actividad física como transmisor de conocimientos y habilidades para el desarrollo. O bien, pensemos en los aficionados al futbol que los fines de semana acuden sin falta al estadio para apoyar a sus equipos, los que acostumbran por la mañana a correr unos kilómetros para activarse y ejercitar sus cuerpos, otros que prefieren golpear un costal de box para aprender a defenderse o descargar todo el estrés, y así sucesivamente. De igual manera, en la televisión y en Internet existen canales y páginas dedicados de manera exclusiva a los deportes, incluso los hay especializados en tenis, futbol, golf, basquetbol, automovilismo, beisbol, futbol americano, deportes extremos, etc. Entonces, ya sea bajo la forma de espectáculo o de negocio, si participamos de modo directo o indirecto, como jugadores o espectadores, no cabe la menor duda de que los deportes son un componente clave en la vida cotidiana de la gente, capaz de despertar las pasiones de quienes se entregan a él.

Ahora bien, en tanto acción de jugar, aun cuando tenemos a los que hacen del deporte su profesión, los jugadores profesionales que reciben ingresos de competencias y patrocinios, la mayoría de las personas que practican cualquiera de las diferentes disciplinas lo hacen como actividad lúdica o recreativa, es decir, invierten su tiempo, dinero y esfuerzo, no para obtener una recompensa económica sino *algo más*. Las actividades deportivas representan en ese sentido, una esfera de actividad libre encaminada a satisfacer necesidades físicas y emocionales, con una capacidad para modelar modos ser y estar en el mundo. Parto de la idea de que así como sucede con la música, los vehículos motores y otros fenómenos expresivos que configuran unidades culturales específicas, los deportes (a través de la experiencia deportiva o intensidad emocional) ofrecen propuestas de adscripción cultural para asignarnos un lugar en el seno de la sociedad. Dicho con otras palabras, constituyen “territorios” potencialmente significativos para la construcción de identidades, tanto individuales como colectivas.

A partir de la segunda mitad del siglo XX, como parte de los procesos de individualización, el surgimiento de culturas juveniles y el paulatino asenso de la sociedad de consumo, se inventaron y popularizaron otro tipo de deportes (de riesgo y aventura), muchos de ellos realizados en espacios no convencionales, deportivizando de este modo, tanto la ciudad como la naturaleza. En esta investigación he profundizado en uno de ellos, el surf, actividad lúdico-recreativa que se desarrolla en las aguas del mar y se vive como una competición sin fin,

orientada a superar los límites de uno mismo. Cabe señalar que al depender de las condiciones del medio, es decir, de la formación de olas con una determinada forma, tamaño y fuerza, no se trata de un fenómeno cultural que pueda hallarse en cualquier lugar. En el caso de Tijuana, una ciudad situada en la esquina noroeste del país, que limita al poniente con el Océano Pacífico y al norte con San Diego (lo cual significa olas y contigüidad con la potente cultura *surfer* californiana), desde mediados de la década de 1960, este deporte de playa ha sido parte de su nomenclatura cultural.

Estudiar el surf desde una visión socioantropológica como aquí se plantea, representa un caso de estudio relevante por constatar que los fenómenos de la cultura contemporánea no se circunscriben necesariamente a lo urbano. Aun si a esta ciudad fronteriza no se le relaciona con el mar, y la falta de estudios sobre la temática lo pone de manifiesto, no debe negarse el hecho de que el surf es un deporte que surge de la materia misma de esta región, esto es, de su suelo y de su clima. Y es que mientras otras fenómenos culturales relacionados como los punks, los bikers o la hinchada del equipo de futbol Xolos de Tijuana, que simbolizan su presencia en las calles, los *surfos* (como ellos se denominan) no se hacen igualmente visibles, son una cultura de playa, no andan por la ciudad cargando sus tablas. De ahí la importancia de comprender desde sus propias voces el sentido de "cazar las olas" y envolverse en una vida en torno al mar.

Dicho esto, en esta investigación hago juego con las teorías de la identidad y la sociología y antropología del deporte, para abordar las relaciones sociales y los significados que se producen con la práctica del surf. Mediante un acercamiento etnográfico como observador participante y la realización de entrevistas a *surfos* de Tijuana (en su mayoría jóvenes de clase media entre 18 y 35 años), busco responder a la interrogante de cómo el surf opera como un referencial simbólico para la construcción de la identidad. Se ahonda, pues, en la organización del sentido de deslizarse sobre las olas, los atributos y códigos que definen a estos deportistas como comunidad, sus valores decisivos, las formas de apropiación del espacio de juego, así como los modos de percepción y simbolización de la naturaleza y el medio ambiente. La idea central de esto es dar cuenta de cómo las aguas del mar representan un agente activo para la integración de identidades.

Planteamiento y delimitación del problema

En este trabajo se analiza la cultura e identidad relacionada con una actividad deportiva: el surf.

Para esto he decidido trabajar el caso específico de los surfistas que viven en la ciudad fronteriza de Tijuana, Baja California. En concreto, el surf es una práctica lúdico-deportiva que presupone tres cosas: individualidad, riesgo y contacto con la naturaleza. Cualquiera que se proponga montar una ola a punto de enrollarse, se somete a una situación límite en un entorno natural poco fiable, y pone a prueba sus capacidades y autocontrol emocional para poder convertir un acto difícil en un gesto controlado. Dicho esto, aquí se examina el conjunto de prácticas y significados que son interiorizados por este grupo de deportistas como referentes de adscripción identitaria.

El deporte en general tiene su antecedente en los juegos competitivos con reglas y técnicas compartidas, que podemos hallar en pueblos y regiones de todos los continentes desde miles de años atrás. Después durante los siglos XVIII y XIX se modernizaron en la Gran Bretaña, al aplicarle criterios para reglamentar espacial, temporal y competitivamente su práctica. Ocurrió que diferentes juegos tradicionales se instituyeron en prácticas deportivas con un aura civilizatoria para satisfacer emociones, pero sobre todo para proporcionar un medio de identificación de los individuos con las colectividades a las que pertenecen. A partir de la década de 1960, los deportes californianos (*surfing*, *skateboarding*, *rafting*, etc.) que sustituyen las batallas entre los hombres por el combate contra uno mismo, le imprimen una nueva trascendencia al deporte, convirtiéndolo en un potente mecanismo de identificación personal. Es decir, más que vehicular una pertenencia colectiva, son practicados y valorizados por los individuos para construir una imagen de sí mismos, de ahí la preocupación por el vestuario y los rituales que acompañan a estos deportes.

A efectos de esquematizar, el surf es una actividad cultural lúdico-recreativa que consiste en aprovechar una ola como medio de locomoción y deslizarse por su *pared* mientras avanza hacia la playa, utilizando para ello una *tabla* o un *bugui* (o tabla de cuerpo) como instrumento deportivo. Por esa razón, no es una práctica que pueda realizarse en cualquier lugar ni en todo momento, requiere que confluyan una serie de condiciones sociales y sobre todo medioambientales. Así pues, para delimitar el problema de investigación al caso de Tijuana, me gustaría hacer énfasis en las características que hacen de esta ciudad y del resto de la región, una de las más propicias y atractivas para el desarrollo de esta cultura. Primero, de las 32 entidades que conforman el territorio mexicano, únicamente 17 tienen costa, de las cuales sólo 10 limitan con el Océano Pacífico (de donde llegan las marejadas con olas surfeables), y

precisamente una de las más extensas corresponde al estado Baja California.[1] Después, la vecindad con los Estados Unidos, particularmente con el estado de California que ha forjado su historia inseparable a la del surf, ha hecho más hacedera su apropiación al sur de la frontera. Ahora bien, la identidad *surfer* ciertamente es variable según los grupos sociales y su cultura de referencia, por tanto, lo que se busca es comprender cómo su construcción es negociada a partir de la experiencia histórica y cultural que se vive en Tijuana.

En resumen, puede decirse que el surf y los *surfos* forman parte de la heterogeneidad cultural que define a esta ciudad, donde aparecen una variedad de fenómenos expresivos como resultado de los procesos que marcan la vida en la frontera con Estados Unidos. A partir de una dimensión contextual, este análisis del surf en relación a su propia estructura de juego, a los cruces entre la identidad y los significados de su práctica, creemos que viene a abonar al estudio de las culturas de Tijuana. Dicho esto, es momento de plantear la pregunta que esta tesis busca responder.

Pregunta de investigación

¿Qué aspectos socioculturales definen la identidad de los surfistas de Tijuana, a partir de las prácticas y los significados que le otorgan los sujetos tanto a la actividad como al espacio natural donde se desarrolla?

Objetivos

Objetivo general:

- Comprender la conformación de la identidad de los surfistas, a partir de las prácticas y los significados que le otorgan los sujetos tanto a la actividad como al espacio natural donde se practica.

Objetivos específicos:

[1] Según cifras del INEGI, de los 11,122 km de litorales con que cuenta el territorio de México, Baja California ocupa el segundo lugar con 1,493 km (13.4%), enseguida de Baja California Sur con 2,131 km (19.2%). Esto quiere decir que la península de Baja California resguarda casi una tercera parte (32.6%) del total de los litorales en el país.

- Identificar los significados y valores que le otorgan los sujetos, en esa totalidad que es su vida, a la práctica del surf.
- Conocer cuáles son los atributos y prácticas que delimitan la adscripción sociocultural a este deporte, tanto individual como colectiva.
- Describir e interpretar las relaciones que establecen los sujetos con el mar y el espacio, a través del surf.

Hipótesis

La hipótesis que guía este trabajo de investigación es que el surf no es solamente un deporte o una recreación para disfrutarse en los momentos de ocio, sino que su práctica está acompañada de distinciones y significaciones culturales, y que como tal opera como un referente de adscripción identitaria en el plano individual y colectivo. Debido a las características de esta actividad física que deportiviza las aguas del mar, esto es, individualidad, riesgo y contacto con la naturaleza, se plantea como hipótesis que la construcción de la identidad de este grupo de deportistas se expresa a partir del compromiso con la actividad, en el conjunto de códigos y prácticas interiorizados que conceden reconocimiento al interior del grupo, así como en la apropiación del espacio y la reinterpretación del mar y el medio ambiente.

Justificación

Una de las principales razones que motivaron esta investigación es la necesidad de contribuir desde una perspectiva cultural al estudio del deporte, especialmente ahora que es una notable mercancía masmediática y uno de los principales productores de identidad. Desde finales del siglo XIX y hasta la actualidad, los deportes han sido una práctica fundamental que atraviesa la vida cotidiana, la política y la economía del país; sin embargo, por considerarse "intrascendentes" hasta hace apenas no más de veinte años ocuparon un lugar como objeto de estudio en las ciencias sociales en México (Angelotti, 2010). La cuestión es que estas investigaciones se concentran, casi exclusivamente, sobre el acontecer futbolístico (véase Fábregas, 2001; Magazine, 2008; Angelotti, 2010; Alonso, 2014).[2] Actualmente, puede

[2] Para Angelotti (2010) la razón de esta preferencia académica, tanto en México como América Latina, va de la mano con la desmesurada pasión que este juego despierta y lo hace ser el favorito para la mayoría de las personas que viven en esta parte del mundo. Esto es, por ser un deporte fácil de jugar, con reglas sencillas y no costoso; por

constatarse una diversificación en las modalidades físico-deportivas y por ende una coexistencia de múltiples culturas del deporte en nuestras sociedades. Por tal razón, este trabajo sobre el surf representa una aportación para *abrir* este campo de estudios hacia otros horizontes y responder a eso que Alabarces (1998) llama la "futbolización" de la sociología del deporte.

Por su parte, con esta tesis me sumo al cuerpo de investigaciones que ponen el acento en la heterogeneidad de Tijuana en términos de su nomenclatura cultural, esto como resultado de la movilidad y el intercambio de signos en la frontera con los Estados Unidos. Si bien existen estudios sobre distintos grupos sociales y fenómenos identitarios como los cholos, chavos banda, punks (Valenzuela, 1988), graffiteros (Sánchez, 2010), heroinómanos (Medrano, 2010), patinetos (Almada, 2010), bikers y lowriders (Del Monte, 2014), que dejan ver la imbricación cultural entre ambas ciudades y países, todavía no existe un trabajo académico sobre el surf y los *surfos*, a pesar de ser una práctica que claramente pone de manifiesto dichas continuidades entre las Californias.

En otro aspecto, aquí entiendo el deporte a modo de juego, como una actividad no siempre de competencia sino también lúdico-recreativa que se practica durante el tiempo de ocio. En ese sentido, analizo una dimensión de la vida cotidiana en esta ciudad, siguiendo la perspectiva intelectual de los estudios culturales como una "interrogación de contextos" (Grossberg, 2009) en un doble sentido. Primero que la identidad, la importancia y los efectos de la práctica del surf se definen a partir de la compleja serie de relaciones que atraviesan el contexto fronterizo de Tijuana. Y segundo, en relación al medio geográfico, es decir, teniendo en cuenta que los fenómenos de la cultura no se circunscriben exclusivamente a lo urbano, también se sitúan en el entorno natural como son la playa y el mar. Ahora, por las condiciones de olaje que se necesitan para poder surfear, la práctica de este deporte se limita sólo unas cuantas ciudades y pueblos en México y el mundo, razón por la cual es un objeto de estudio muy específico apenas de interés local o regional. En Tijuana (y el resto de Baja California) donde están dadas las condiciones para realizarlo, investigar el surf es una oportunidad para *trascender lo urbano* reintroduciendo el medio natural para caracterizar las culturas que se crean y resignifican en la ciudad.

En resumen, la importancia general de comprender la práctica del surf como un aspecto

practicarse en todas las ciudades de la región; por su temprana y fuerte difusión en los medios de comunicación; y por ser el género deportivo de mayor facturación de la industria cultural.

relevante de la vida social, se debe a su capacidad para construir identidades y modelar estilos de vida, por ser un campo de interacción y de reconocimiento colectivo, o como afirma Alonso (2016), por ser una fuente de adrenalina y de experiencias estéticas, y también un referente para comenzar un negocio desde la cosmovisión *surfer* bajacaliforniana. Entonces, más allá de las representaciones teatralizadas que con frecuencia suelen hacerse sobre este grupo de deportistas, podremos conocer a partir de las propias voces de quienes han sentido en "cuerpo y alma" ser impulsados por una ola, sus experiencias prácticas e identificación con el surf. Lo cual, puede encaminarnos a evitar el desconocimiento de esta cultura deportiva y a emprender acciones concretas para su desarrollo.

Estructura de la tesis

Para dar cuenta de la cultura y la producción de identidades relacionadas con la práctica del surf en la ciudad de Tijuana, en el primer capítulo presento un breve recuento de algunos trabajos que se han hecho sobre este tema y también de otros deportes en la región fronteriza. Posteriormente, planteo el conjunto de teorías y conceptos que guían la interpretación y el análisis de esta investigación: cultura, identidad y (neo)deportes de aventura. Así pues, desde una concepción simbólica de la cultura, examino el tema de la identidad *surfo* en la organización social del sentido de esta actividad físico-deportiva, los modos en que los surfistas se perciben a sí mismos y como colectivo, las formas de representación y apropiación del medio natural, así como la interiorización de ciertos códigos, hábitos, valores y técnicas que acompañan la práctica del surf.

En el segundo capítulo, realizo un recuento histórico de la cultura del surf y su llegada hasta la playa de esta ciudad fronteriza, tomando en consideración los procesos constitutivos que han marcado la vida en la frontera con Estados Unidos. Para esto comienzo en los orígenes de esta práctica en la Antigua Polinesia, luego su paso por California y la producción de muchos elementos icónicos del surf moderno, y finalmente su deslizamiento al sur de la frontera, primero por Ensenada y después por Tijuana. El objetivo con ello es recuperar los universales del deporte, ciertamente derivados de su continua transformación a lo largo del tiempo, y que como veremos en el cuarto capítulo, están presentes en la cultura *surfer* tijuanense.

La estrategia metodológica que apliqué en esta investigación, esto es, las características de la población estudiada, la delimitación espacio-temporal, los instrumentos y las técnicas de

investigación, así como la manipulación de los datos, las expongo en el tercer capítulo. Aquí también incluí algunas reflexiones sobre el quehacer etnográfico para estudiar los deportes de riesgo y aventura. Por tanto, destaco dos cosas de este apartado: las maniobras e implicaciones que conlleva observar un fenómeno dependiente de las condiciones del medio, y la necesidad de comprender en y por la práctica (a partir del cuerpo) los componentes de esta formación identitaria.

En el cuarto capítulo están los resultados de la investigación. Para presentarlos utilizo una narrativa que combina la descripción etnográfica y el análisis sociológico, esto con el propósito de romper con el discurso que produce la "mirada lejana" de un observador exterior que no se toma la molestia de comprenderlo con el cuerpo. Por eso, además de las opiniones de los informantes, se compone de lo percibido, las experiencias vividas y las sensaciones interiores que, al mezclarse, forman la lógica social y sensual que presenta este deporte como constructor de identidades. La intención de este apartado es explicar, en principio, cómo el surf "tiene sentido" desde el momento que su práctica le permite al individuo enfrentarse consigo mismo, ser su propio desafío y su propio juez. Del mismo modo, ubico las representaciones y caracterizaciones de la identidad *surfo*, las estrategias de distinción, su potencial como pautador de estilos de vida, la interacción y los códigos que hacen crecer la unión entre ellos y constituirse como colectivo. También atestiguo la masculinización de su práctica. Y finalmente, menciono también las formas de apropiación del espacio, así como la significación y percepción del mar y el medio ambiente.

Por último, presento un apartado con las conclusiones generales derivadas del análisis de la información, los hallazgos y las deudas del estudio, y propongo también algunos caminos para que sean retomadas en futuras investigaciones sobre el tema. Aquí enfatizo que la identidad de los surfistas en Tijuana es una adscripción con distintos grados de integración, participación y compromiso, que el surf es una práctica significante impulsora de relaciones sociales, y que a su vez permite configurar a través de la experiencia sensible otros valores y significados sobre el mar.

Dicho esto, pasemos ahora al análisis de la cultura e identidad de los surfistas en relación a su práctica en las aguas del mar de Tijuana.

Fuente: Fotografía y archivo personal de Carlos Varela

1. MARCO TEÓRICO: CULTURA, IDENTIDAD Y DEPORTE EN LA NATURALEZA

1.1. Estado de la cuestión

Antes de comenzar a plantear las teorías y conceptos guía para este trabajo de investigación, se repasan algunos estudios previos sobre la materia. En la línea de los deportes en general, existen pocos estudios o investigaciones en la ciudad de Tijuana y la frontera con Estados Unidos. Hablando de deporte a secas está la tesis de Almada (2010) en la que aborda a los skaters. Mientras que en el caso de los nexos del deporte con la frontera o la migración, fenómenos que competen al contexto del presente trabajo, se ubican el trabajo de Klein (1997) sobre el beisbol en la frontera Laredo-Nuevo Laredo, y el compilado de Alonso y Rabadán (2012) donde se examina cómo el futbol se infiltra en la experiencia migratoria.

Ahora, no sólo en Tijuana sino en el resto del país, la posición del surf es un tanto periférica dentro del espacio de las prácticas deportivas. Y por lo mismo hay pocos estudios académicos con los cuales dialogar. Sin embargo, el surf es una práctica mundial con millones de aficionados alrededor del mundo. En otros países donde su presencia social es mucho mayor (Estados Unidos, Hawái, Australia, Costa Rica, Perú, Indonesia, Sudáfrica, Portugal, España, Brasil) se han realizado investigaciones que muestran por un lado su complejidad como fenómeno cultural, y por el otro sus continuidades y diferencias en distintos contextos. En la siguiente sección se recuperan algunos de estos trabajos con la idea de mostrar cómo se ha constituido en objeto de estudio y a su vez introducir el marco teórico del análisis.

1.1.1 El surf como objeto de estudio

Las investigaciones que se han planteado abordar desde una perspectiva cultural la práctica del surf, han puesto atención sobre diferentes aspectos y temáticas. De acuerdo con la literatura que se consultó, están los trabajos de historia cultural (Kampion, 2003; Laderman, 2013; Warshaw, 2010; Walker, 2011), los que abordan la cuestión de la experiencia de surfear, particularmente el tema de las motivaciones y emociones relacionadas con el riesgo (Farmer, 1992; Stranger, 1999). El surf es una práctica lúdico-deportiva popularizada en los años sesentas, en pleno auge de las industrias culturales y los movimientos juveniles, por consiguiente, se han hecho estudios sobre las disputas en la construcción de sentido como práctica libre o de competición (Booth, 1995). Por otra parte, también se pueden encontrar investigaciones que abordan la producción

social del espacio *surfer*, la continuidad del ámbito urbano en la naturaleza como resultado de la interacción y simbolización de las olas y el mar (Irwin, 1973; Preston-Whyte, 2002). Están otros que han analizado desde una perspectiva de género, la manera como el surf se convierte en un dispositivo para reiterar y escenificar un cierto tipo de masculinidad (Evers, 2009).

Los estudios que lo abordan desde las teorías de la identidad en diferentes partes del mundo, se han interesado por examinar la apropiación y resignificación cultural del deporte, y su papel como referencial simbólico de adscripción cultural en contextos específicos. Para el caso australiano, McGloin (2005) examina los vínculos existentes entre el surf y la identidad nacional, a partir de los discursos oficiales y las representaciones en los medios masivos de comunicación. Mientras que en el caso de Noruega, Langseth (2012) analiza los valores que otorgan un estatus simbólico al interior del grupo en función del compromiso y de los esfuerzos para desempeñar el deporte en aguas de muy bajas temperaturas. Por su parte, ante la creciente popularidad del surf en el sur de California, Daskalos (2007) profundiza en el impacto que ha tenido el desarrollo urbano y la masificación del deporte en el proceso de construcción de la identidad. El surf al estar fuertemente emparentado con la industria turística en países con destinos internacionales de surf, como lo son Nicaragua (Usher y Kersetter, 2015), Brasil (Bandeira, 2014) y Costa Rica (Carrero, 2014), hay investigaciones que se han orientado a analizar las disputas y los conflictos territoriales entre "nativos" y "extranjeros", a descifrar cómo se articula lo global con lo local en las percepciones que tienen de sí mismos y los definen como surfistas diferentes de "Otros" surfistas. Finalmente, el tema del surf en México no aparece casi en el mapa de las ciencias sociales. Después de consultar las bases de datos, encontré un primer antecedente en la investigación de Pijoan (2008), que realizó una investigación desde la perspectiva de manejo de ecosistemas, sobre las problemáticas ambientales que actualmente enfrentan lugares para surfear en Ensenada, y las repercusiones socioeconómicas que por su importancia puede tener. Posteriormente, pude contar con la ponencia recién presentada de Alonso (2016), en donde elabora un breve recuento de la emergencia de la subcultura surfer en Tijuana y plantea algunas características que la definen.

1.2 Cultura

1.2.1 La concepción simbólica de la cultura

Pocos conceptos como el de "cultura" se han sometido a una constante reconceptualización. Estos cambios revelan las distintas rutas hacia su comprensión en tanto unidad básica de lo que en esencia define al ser humano. Decía Geertz (2009:57): "la cultura suministra el vínculo entre lo que los hombres son intrínsecamente capaces de llegar a ser y lo que realmente llegan a ser uno por uno". Siguiendo esta primera definición, la noción de cultura como elemento constitutivo y central en la producción del *homo*, no puede disociarse de las ideas dominantes a lo largo de su desarrollo histórico, ni de las formas de meditar sobre las transformaciones en el mundo que vivimos.

De acuerdo con Thompson (1998), se pueden organizar los múltiples significados atribuidos al concepto de cultura a partir de tres definiciones. La primera de ellas es la concepción *clásica*, la cual con base en las ideas progresistas imputadas por el espíritu de la Ilustración, piensa la cultura como un proceso progresivo de desarrollo y ennoblecimiento de la vida humana. La idea de que ciertos valores y materiales estéticos contribuyen al "cultivo", o mejor dicho, al desarrollo "interior" o "espiritual" de las personas, cabría perfectamente dentro de esta definición. Una segunda concepción es la *descriptiva* (o etnográfica), la cual a partir del desarrollo de la antropología y su interés por examinar la vida de los pueblos no occidentales, reelaboró su entendimiento –en un sentido amplio– como el inventario de creencias, arte, conocimientos, leyes, hábitos y demás atributos que adquieren los miembros de un determinado grupo social. Sin embargo, como llama la atención Desfor Edles (2002), ambas definiciones resultan problemáticas porque ignoran el lado subjetivo de la cultura, es decir, la manera como esas modalidades de vida específicas y diferenciadas, son interpretadas por los propios seres humanos.

Esta preocupación por no poder explicar cómo la cultura opera y moldea las relaciones sociales, motivó a formular una manera de entender la cultura que reconociera no solamente los esquemas concretos de conducta, sino también la forma de cargarlos de sentidos. Como dice Geertz (2009), una diferencia que mantiene el hombre respecto a los animales, consiste en que su vida no transcurre bajo una permanente orientación genéticamente programada, más bien lo hace a partir de pautas de significado desde las cuales orienta y sustenta sus acciones. La vida social no marcha sin sentido alguno, por el contrario, todas las cosas que hacemos, decimos y

sentimos, los espacios y objetos con los que nos relacionamos, están incorporados a un sistema de signos socialmente construidos en virtud de los cuales nos conducimos por el mundo.

Dicho esto, la tercera definición de la cultura es la concepción *semiótica*, la cual más que imputar valores diferenciados y desvincularla de los propios sujetos que la viven, busca desentrañar sus estructuras de significación. La noción de cultura, desde un enfoque interpretativo, puede entenderse como el conjunto de hechos simbólicos de los grupos sociales, y el análisis cultural como la elucidación de esas fuentes de sentido que orientan y constituyen una condición esencial de la existencia humana (Geertz, 2009). Ahora, si bien la formulación de este concepto por parte de la antropología simbólica se adopta como telón de fondo en el estudio del deporte, hace falta desarrollar de manera más plausible esta definición, situándola en los contextos sociohistóricos estructurados donde efectivamente se producen y reproducen los fenómenos culturales.

Gilberto Giménez (2005) en sus consideraciones sobre la concepción de la cultura plantea algunas observaciones relevantes. En primer lugar, resalta su carácter de *transversalidad* en tanto la dimensión semiológica de la vida social está presente en todas partes: en el trabajo, en el ocio, en la vida familiar y las relaciones interpersonales, en los espacios y los objetos, en los deportes, etc. Una segunda observación es que las formas simbólicas operan por medio de la *intersubjetividad* como "gramáticas de reconocimiento"; en consecuencia la cultura connota no simplemente posesión, sino al mismo tiempo selección y movilización como elemento esencial de toda identidad colectiva. Y por último, los patrones de significado además de estar siempre en permanente construcción, se mantienen bajo una relativa *coherencia* con relación a las fuerzas estructurantes de carácter político, económico, geográfico, entre otras, que se encargan de introducir cierto orden a las formaciones culturales.

En ese sentido, se propone analizar la práctica del surf y la identidad de los surfistas, a partir de lo que Thompson (1998) denomina como la concepción *estructural*, la cual pone el acento tanto en el carácter simbólico de los hechos culturales, como en su conexión con las condiciones estructurantes de la realidad social. Sin esta consideración, se estaría pasando por alto los diferentes significados que pueda tener la participación en este deporte para los sujetos según sus circunstancias, recursos y oportunidades, o también, las condiciones sociales e históricas de los contextos en los cuales se desarrollan. Por eso aquí retomo la definición de *cultura* como "la organización social del sentido, interiorizado de modo relativamente estable

por los sujetos en forma de esquemas o de representaciones compartidas, y objetivado en formas simbólicas, todo ello en contextos históricamente específicos y socialmente estructurados" (Giménez, 2007:56-57).

No se piense con ello que los fenómenos sociales se manifiestan únicamente en un sentido simbólico, es decir, cultural. Existen otros enfoques que piensan los esquemas de valor y de acción como corolario de las estructuras de poder, donde los procesos de formación social son interpretados en términos ideológicos o discursivos, sin dar realmente cabida a lo personal ni a lo presente viviente (Desfor Edles, 2002). Sin embargo, al estar interesados primordialmente por las emociones, sentimientos y valores subjetivos relacionados con el surf en tanto actividad deportiva y formación identitaria, es necesario considerar la cultura desde la perspectiva de los sujetos; como enfatiza Giménez (2005:81), "la que pasa por las experiencias sociales y los *mundos de vida* de los actores en interacción".

Como podrá verse más adelante, no puede existir una producción de sentido sin sus correspondientes soportes simbólicos que, en el caso de esta actividad deportiva, pueden encontrarse en los espacios donde se desarrolla, el equipo deportivo, los comportamientos, la destreza física, las reglas, y así sucesivamente. Por tanto, se parte de una comprensión de la cultura que recupera las *formas objetivas* y las *formas interiorizadas* siguiendo a Giménez (2005), que revelan tanto la manera como las estructuras simbólicas se expresan en la realidad social mediante las *prácticas* efectuadas por los actores, como también el conjunto de representaciones, creencias y procesos de significación socialmente compartidos, donde se encuentra la configuración del sentido de pertenencia. Puede decirse que el surf y los deportes en general, como fenómeno cultural, comprenden ambas dimensiones.

1.2.2 Cultura en plural y cultura(s) deportiva(s)

En el mundo contemporáneo, no existe la menor duda de que la cultura no es una sola. Constantemente, en la cotidianidad se hace referencia a la mexicana, popular, del rock, del futbol, del vino, etc. Sin embargo no siempre fue así. Entonces, conviene identificar las raíces de esta concepción *plural* del término, para ir trazando el camino hasta el campo de las cultura(s) deportiva(s) y específicamente la del surf.

En algún momento, la noción clásica de la cultura como sinónimo de desarrollo de las capacidades intelectuales del ser humano, no pudo soportar el peso de ser reducida a la evolución

de un principio tan abstracto como la razón. Las críticas a la mentalidad "civilizatoria" (plasmadas más tarde en el romanticismo) motivaron a filósofos como Herder a reaccionar al universalismo y aceptar la complejidad y variabilidad de las fuerzas constitutivas de las formas de vida, a reconocer la cultura de otros pueblos y naciones (Williams, 1997). Dichas afirmaciones más tarde fueron retomadas por la antropología en su interés por estudiar la cultura de otros grupos humanos. Así, las costumbres, creencias, comportamientos, herramientas, formas de ver el mundo, etc., pasaron como argumenta Appadurai (2001), a ser pensadas como una dimensión de la diferencia y no una sustancia universal y unilineal.

Dando un gran salto en la historia del estudio de la cultura, hacia la década de 1950, el desarrollo del capitalismo y el crecimiento de los núcleos urbanos llevaron a repensar la configuración de los estilos de vida al interior de las mismas sociedades. De acuerdo con Williams (1997), la división del trabajo y la subsecuente aparición de clases sociales categorizadas de manera desigual, condujeron a estratificar y diferenciar la actividad cultural humana. Esta fórmula que más adelante sería traducida en términos de "culturas de clase", en "cultura dominante" versus "cultura subalterna", contiene los elementos clave para enfatizar el sentimiento subjetivo del mundo y los cambios cualitativos en la formas de experimentar la vida social; lo que Williams (1997) denominó como "estructuras del sentir". Tales suposiciones al plantear una noción más plural del término, prepararon el terreno para que a partir de los años sesenta se examinara la proliferación de distintas formaciones culturales cuyas estructuras de significación cruzaban por cuestiones ya no sólo de clase, sino también de edad, género, raza, generación, etnia, territorio, etc. Aquí se recupera porque como lo hiciera en su momento la Escuela de Birmingham en el estudio de las subculturas juveniles (Hall y Jefferson, 2014), el reconocimiento de sentimientos específicos conectados a la experiencia social y material de las personas, presenta una especial relevancia para el análisis de la cultura del surf y de cualquier otro deporte.

Una de las esferas de lo cotidiano donde se acentúa y manifiesta más visiblemente una pluralización en los estilos de vida es, además de la laboral, la que corresponde al ocio (Bourdieu, 1998; Featherstone, 2000). Son esos momentos en los que uno se encuentra aparte del lugar de trabajo o la escuela, donde las actividades no están destinadas a cumplir con ciertas obligaciones y compromisos, cuando se adquiere una *relativa* libertad de elegir entre una variedad de alternativas de recreación. Como diría Marx (1968) en sus manuscritos, este

momento del día al no estar bajo la supervisión patronal ni la disciplina del trabajo, representa el tiempo en el que las personas pertenecen a sí mismas y adquieren plena capacidad para desarrollarse física y espiritualmente. En ese sentido, aquí se piensa el ocio como un *sendero* de gran valor para la construcción de sentidos y mundos de vida, y en consecuencia, el contexto en el cual se dispone de una variedad de formas simbólicas y "culturas de consumo" (Featherstone, 2000) que actúan como emblemas de identificación social.

Dicho esto, me gustaría plantear el análisis del modo cómo los deportes configuran culturas particulares con sus propias estructuras de significación. Haciendo eco en lo que señala Giménez (2005), en la medida en que el inventario de las prácticas deportivas se ha venido diversificando al idearse nuevos deportes, nuevas dinámicas de juego, nuevos escenarios de interacción, nuevas instituciones, nuevas tecnologías, etc., el análisis delimitado por *sectores* le permite a uno detenerse en los detalles, en las cualidades excepcionales que caracterizan a los diferentes deportes en un universo simbólico autónomo y diferenciado. Porque las emociones y sensaciones no son exactamente las mismas en un partido de futbol que al deslizarse sobre la cresta de una ola, es esencial preguntarse como lo hizo Geertz (2009) a propósito del "juego profundo", sobre la función del surf como fenómeno cultural en términos de sus prácticas y significados.

Es necesario identificar las competencias prácticas y simbólicas que un deporte como el surf suscita y que difícilmente encuentran salida en otras actividades deportivas. Desde una perspectiva antropológica, Alonso (2014) define el "deporte" como un artefacto simbólico potencialmente significativo, regulador de comportamientos y estilos de vida, y capaz de vehicular más de un sólo sentido, dependiendo de la matriz (socio)cultural en la cual se desarrolla. En los siguientes apartados se plantea una deconstrucción de esta definición para hablar mejor de cultura(s) deportiva(s) en plural, haciendo énfasis en las complejidades y particularidades que encierra la práctica del surf, un deporte que se caracteriza por no situarse en ambientes controlados como los gimnasios y las canchas rectangulares de los deportes más conocidos, sino en la naturaleza, en un "espacio marginal" (Shields, 1991) como son la playa y el océano.

1.2.3 Cultura(s) al encuentro con la naturaleza

Uno de los principales desafíos en los estudios sobre la cultura contemporánea consiste en

superar la desincorporación de la naturaleza dentro del conjunto de hechos y objetos simbólicos que definen a los grupos humanos (Macnaghten y Urry, 2001). Hablar de "culturas en plural" no nada más es hablar de las diferentes relaciones constitutivas entre la sociedad y la economía, la etnicidad, la edad o el género, sino también de los distintos lugares que ocupa la naturaleza y el medio ambiente en la vida de las personas. Los veganos y las dietas vegetarianas, o bien, el surf y los deportes de aventura en general (escalada, esquí, kayakismo, etc.), representan prácticas culturales donde se disputan otros valores y sentidos sobre el medio ambiente: el rechazo a la explotación animal así como el apego al mar, merecen considerarse también como "experiencias de ubicación" en el mundo social. En ese sentido, se parte de la idea de que un elemento renovador en el análisis sobre la cultura y las identidades sociales, puede hallarse en los modos significativamente diferentes, afirmados y reivindicados de (re)interpretar y experimentar conscientemente la naturaleza, con otras palabras, de culturalizarla (Eder, 1996).

Por ahora, se han identificado dos intervenciones decisivas para superar el dualismo naturaleza-cultura en la comprensión de la diversidad sociocultural. Primero, la antropología al realizar trabajo de investigación en poblaciones donde el medio ambiente se encuentra incorporado a su estructura simbólica, proporcionó una indispensable perspectiva para evaluar posibles variaciones en la conceptualización de la naturaleza. Como sugiere Descola (2001), el entendimiento de la naturaleza como un proceso social material y no como una configuración universal, permite un acercamiento realmente ecológico a los modos de identificación en el engarce que existe entre los humanos y el medio ambiente. No obstante, el principal problema con este "paradigma monista" propuesto para el análisis de las relaciones humano-ambientales, es que sigue manteniéndose principalmente como asunto exclusivo de las culturas no occidentales.

Por eso, la segunda piedra de toque que permite incorporar la naturaleza a la concepción de la cultura, se encuentra en la contribución de los estudios urbanos, a propósito de la toma de conciencia del ser humano como un "ser espacial" que construye geografías políticas y culturales al establecer interacciones complejas con su entorno (Soja, 2008). En esta línea de reflexión, Lefebvre (1974) destacó que los diversos estadios de la vida de la ciudad, al estar dirigidos por la reproducción de las relaciones de producción capitalista, conllevan a la producción social del espacio y por tanto a una subsecuente transformación en las relaciones sociales espacializadas. El vínculo tan intrínseco entre el desarrollo económico y la

configuración del espacio, no sólo urbano sino también natural, se expresa claramente en su siguiente afirmación:

> Con la industria del ocio el capitalismo se ha amparado de los espacios que quedaban vacantes: el mar, la playa, la alta montaña. […] Por esta industria nueva, por esta producción del espacio nuevo, el espacio entero ha sido integrado al mercado y a la producción industrial, a la vez que este espacio ha sido transformado cuantitativamente y cualitativamente (Lefebvre, 1974:221).

La aparición de una diversidad de actividades recreativas y deportivas impulsadas por la industria cultural, particularmente a partir de la segunda mitad del siglo XX, ha convertido la naturaleza y el medio ambiente en un "espacio socialmente construido", en una extensión de la gramática urbana. Como plantean Macnaghten y Urry (2001) conviniendo con la tesis de Lefebvre, las prácticas culturales asociadas con el *estar* en la naturaleza, dependen en gran medida de la producción de nuevos objetos y tecnologías que permiten transitar hacia otros espacios "al aire libre" donde antes la actividad humana no era posible. Hoy en día automóviles, tablas, cuerdas, bicicletas, trajes de neopreno, por mencionar algunos ejemplos, son artefactos que contribuyen tanto a desestabilizar las dicotomías entre el entorno natural y la ciudad, como también a materializar de manera inédita una imbricación novedosa y significante entre los cuerpos y el medio ambiente.

En consecuencia, la heterogeneidad cultural de las ciudades (García Canclini, 2005) no se reduce actualmente a las prácticas y experiencias subjetivas producidas únicamente en las calles, barrios, plazas; también las áreas naturales se han convertido en *espacios paraurbanos* (al lado o al margen) que, se definen aquí como espacios excepcionales practicados y consumidos con fines recreativos, de manera temporal, creadores de esquemas de acción y representación distintos (o bien, contrarios) a los que revisten las relaciones humanas en el contexto urbano. Como se desarrollará más adelante, los deportes "al aire libre" entre ellos el surf, representan, apoyándonos en Eder (1996), un vehículo para configurar nuevas formas de apropiación de la naturaleza, donde se escenifica una percepción vivencial del espacio de forma no convencional cargado de afectividad y de nuevos imaginarios anclados en la experiencia sensible.

Con lo dicho hasta aquí podría argumentarse que el surf y otros deportes de aventura, al construir *naturalezas* en plural establecen las bases para que en términos analíticos se describan

e interpreten las modalidades de interacción y simbolización que configuran formaciones culturales al encuentro con la naturaleza. En una visión nueva, como sugiere Rosales (2003) a propósito de lo "inédito urbano" como las luchas de sentido en torno a las formas de ocupar y habitar los espacios de la ciudad, posiblemente el estudio de la práctica del surf y la identidad de los surfistas, representa una oportunidad para abordar otros significados (o sentimientos) construidos a partir de la apropiación del espacio natural no arquitectónico, que cómo se verá más adelante, operan como marca relacional de identificación.

1.3 Deporte

1.3.1 El deporte como juego y mundo en sí mismo

El deporte, a pesar de su existencia institucional y su mercantilización, es también juego. Como dice Alabarces (1998), conserva un "plus de sentido" (sobre todo en aquellos que no se ejercitan con una intención profesionalizante) donde se refugia el espíritu lúdico, como espacio de la diversión, de la creatividad y del escape eventual del control social económico-productivo. En el caso del surf, un deporte que no necesariamente se orienta al logro o se interesa por los resultados, su práctica guarda muchas de las características esenciales de los juegos examinadas por Huizinga (2007) en su clásico *Homo ludens*, especialmente la de abstraernos del curso prosaico de la vida "corriente" y meternos a una esfera temporal de actividad que posee su tendencia propia. Me interesa identificar aquí esas relaciones existentes entre el juego y la práctica del surf, relaciones que a mi modo de entender impulsan su forma cultural y su sentido.

Tendríamos, pues, que uno de sus atributos principales es el *terreno de juego*, entendido como el espacio consagrado y reservado para que la actividad lúdica pueda desenvolverse (Huizinga, 2007). O sea, para que pueda darse la puesta en escena del juego, se necesita el desplazamiento del jugador a un determinado espacio que, ideal o materialmente, se separa y destaca de lo rutinario. En el surf, donde toda la acción ocurre en un espacio acuático, adentro del mar, esa separación es contundente. El hecho de que a diferencia de la cancha de fútbol o del cuadrilátero del boxeo, sea una frontera natural lo que lo delimita, el lugar para surfear (o mejor dicho, la rompiente de olas) podría conceptualizarse como una "zona marginal", pues proporciona una vía para escapar del control, de lo cotidiano, por inducir una suspensión del tiempo o una comunión consigo mismo (Shields, 1991; Preston-Whyte, 2004). Más adelante, cuando se hable de la naturaleza recuperada en el deporte, se abordará más esta cuestión. Por

ahora, quisiera sólo señalar que tales límites precisos circunscriben la práctica del juego, su universo, y como tal, el campo y sus atributos juegan también un papel fundamental en la configuración y desarrollo del mismo.

Por su parte, los juegos también modelan determinadas formas del uso del cuerpo. Para Mauss (1979) el cuerpo es el objeto y medio más natural que tenemos los seres humanos, así que siguiendo su argumento, cada cultura se vale de una serie de *técnicas corporales*, consideradas como gestos y modalidades de acción codificadas para alcanzar una finalidad específica. En los juegos y sobre todo en los deportes, el uso del cuerpo, el equipo utilizado (o incorporado), las sensaciones, el contacto y desgaste físico, etc., son exclusivos y legítimos, podría decirse, del espacio y de las reglas convenidas para su desarrollo. Patear o lanzar un balón, nadar, balancearse o controlar la respiración, son técnicas fugaces que hay que dominar y a las que hay que someterse sólo cuando se juega. Así, entre los confines que hacen de una actividad deportiva como el surf un mundo en sí mismo, se hallan también, los sentidos (en el sentido de sensual y de significado), las virtudes y sincronías corporales que encierra su práctica.

Ahora bien, cada juego tiene su sistema de reglas que determinan lo que puede o no hacerse durante el desarrollo de la partida. A modo de un conjunto de restricciones voluntarias y aceptadas de buen grado, nos dice Caillois (1986), las reglas procuran mantener un equilibrio social bien administrado, haciendo que la libertad esencial de los juegos se produzca, sí, pero siempre dentro de ciertos límites. Entonces, además del espacio y de la corporalidad, otro atributo más de ese ambiente autonómico al que se inscribe el jugador o el deportista, es la existencia de un *orden propio*, o si se prefiere, una lógica interna que define los parámetros de su participación y su sentido (Huizinga, 2007; Bourdieu, 2000a). Conviene entender que este orden abarca no sólo las reglas arbitradas e irrecusables (que promulgan sobre todo los juegos institucionalizados), sino también incluye las normas no escritas, los designios estéticos y los sistemas de valoración y clasificación.

El hecho de que tales “reglas” como las maniobras, el lenguaje, las jerarquías, el criterio de preferencia sobre la ola y así sucesivamente, sean o deban ser conocidas en el caso de los surfistas, puede decirse que representa una medida para obtener el reconocimiento de los otros y preservar así una identidad colectiva. Aún en los juegos o deportes más individuales como podría ser el surf, persiste un *carácter colectivo*, porque de acuerdo con Huizinga (2007), sustraerse a las normas generales para dejarse absorber por un orden de excepción, compartido

por otros jugadores, origina la asociación y vehicula un sentimiento de hallarse juntos. Las reglas y códigos creados simbólicamente, estipulan qué se puede hacer, qué no y cómo hacerlo, pero igualmente actúan como umbrales de pertenencia a un mundo social y culturalmente distintivo. Es la diferenciación que hace Bourdieu (2000a) entre el "verdadero jugador" y el "mero aficionado", según se conozca o desconozca la lógica interna de los programas deportivos.

Para Huizinga (2007) el juego es más viejo que la cultura, todos los rasgos fundamentales del juego, asegura, se hallan presentes en el género humano. En ese sentido, el *homo ludens* no aparece como una referencia de clase, el juego no es un privilegio de unos cuantos, es libre, es uno mismo quien se entrega a él con completa libertad. Sin embargo, actualmente se sabe que ciertos juegos pertenecen o son producto de la denominada industria del ocio, quedando supeditados al ámbito de lo económico. Como ocurre con el surf y los llamados deportes de aventura en general, que requieren de la compra de equipo y de "tecnologías mundanas" para poder consumar el contacto con la naturaleza (Macnaghten y Urry, 2001). Los juegos que no escapan de un *deber económico* y se adhieren a la cultura de consumo, podría decirse, son más bien de una libertad relativa. Por tanto, aquí se recupera el argumento de Huizinga para entender el surf como un juego que posee una estructura cultural en sí misma, pero retomando lo dicho por Bourdieu (1998), para señalar también que su apropiación depende de ciertas condiciones sociales de posibilidad.

1.3.2 El deporte como fuente de emociones

El deporte, no sólo es juego, también es emoción. Y es que como dice Alonso (2014:52), "si hubiera que asociar el concepto arquetípico de juego con alguna experiencia humana, esta sería con el placer ante situaciones límites controladas, como las que se generan en la competición deportiva". Si en el apartado anterior se remontó la relación del surf con el juego, es momento ahora de hacer el engarce con la emoción, siguiendo la tesis propuesta por Elias y Dunning (1992), quienes descifran el deporte en general como una actividad donde se busca la tensión, para de este manera explorar y satisfacer emociones que han quedado reprimidas con el proceso civilizatorio. La idea con ello es enfatizar que, *ludus* y *emotio*, ambas, se encuentran en la base de los deportes en tanto práctica cultural.

Cuando se especula sobre el origen del deporte, se dice que éste pretendía mantener vigentes muchas de las disposiciones corporales que la humanidad habría desarrollado en su

lucha por conseguir lo necesario para su subsistencia (Shilling, 2005). En el caso de disciplinas olímpicas como el atletismo, el lanzamiento de jabalina, el tiro con arco, sólo por poner algunos ejemplos, encontramos que seguramente sus antecedentes provienen de la caza y las guerras entre grupos humanos. Visto desde esta perspectiva, podría decirse que los deportes cumplen una función residual en la sociedad contemporánea, pues reviven y aprovechan de un modo diferente, esa potencialidad física de la gente no agotada ya en la búsqueda por sobrevivir y defenderse.

Elias y Dunning (1992) complementan esta tesis, al argumentar que las actividades deportivas, más que ayudarnos a perpetuar esas experiencias corporales relacionadas con la seguridad y las "situaciones límite", son una manera de reproducir de forma simulada las emociones que éstas nos provocaban. Una las características esenciales de los deportes, entonces, ha sido la de ofrecer una excelente oportunidad para experimentar el desbordamiento de emociones y exaltaciones fuertes en público, de manera controlada, en el contexto de la vida industrial moderna. Tan sólo pensemos en las pasiones y arrebatos que levantan cualquier final de campeonato, en jugadores y aficionados por igual. Es lo que Elias y Dunning (1992) llaman un *acontecimiento mimético*, para referirse a las tensiones y batallas imaginarias que evocan los deportes (o si se prefiere, los "dramas deportivos"), con el designio de dar rienda suelta a esos sentimientos casi naturales, pero sin poner en peligro el relativo orden social, ni tampoco correr los riesgos que normalmente traerían consigo esas mismas fuentes de estimulación.

Actualmente, con la diversificación de la oferta deportiva existen muchas maneras de hacer fluir esas emotividades. Sería erróneo decir que la exaltación que provoca el boxeo, en el que el púgil compite contra un contrincante de su misma naturaleza, es la misma que en el surf, donde la "batalla" del surfista ocurre versus el propio campo de juego, es decir, contra la fuerza del océano. Uno de los atributos del surf y otros deportes de aventura (o extremos), es el hecho de no tener un control total sobre la "escenografía", y es por ello que contienen un componente de peligrosidad. Así, las emociones desplegadas no son las mismas si se hace la comparación con otras prácticas deportivas. Retomando la tesis de Elias y Dunning, Breivik (2007) sostiene que, así como los deportes "antiguos" y más conocidos sirven para revivir de manera controlada esa catarsis que antes provocaban las luchas entre seres humanos, los "deportes extremos" se presentan como riesgos manufacturados, diseñados para preservar una cierta disposición hacia el desafío y el peligro. Claro, como se argumentará más adelante, estos retos se buscan pero bajo

un cierto grado de control, ya que mediante las habilidades y los conocimientos, es como se consiguen aminorar las amenazas.

En síntesis, podría definirse la práctica del surf como un *juego deportivo*, pues en su estructura se hallan características esenciales de ambos: de los juegos, la sensación de sumergirse en una esfera temporal de actividad libre, de carácter divertido, creativo y separado del mundo habitual; y de los deportes, la experimentación relativamente controlada de sentimientos asociados a la competencia y el desafío (contra un adversario, la naturaleza o uno mismo). Como bien decían Elias y Dunning (1992), si se quiere examinar las implicaciones personales y sociales de las actividades deportivas, hay que capturar bien la función de la emoción mimética en ellas. Así que para los surfistas que disfrutan de envolverse y deslizarse sobre la *pared* de una ola, la clase de emociones que despierta esta particular forma de encuentro lúdico con el mar, como por ejemplo, la valentía, el pánico, la paciencia, el miedo y la alegría, son igualmente fuente de identificación.

1.3.3 El deporte en la naturaleza

Al surf, como a muchas otras prácticas lúdico-deportivas de contacto con la naturaleza, se les ha puesto la etiqueta de "deporte de aventura". Quisiera comenzar rastreando de dónde proviene este término. Hacia fines del siglo XX, basándose en su experiencia urbana en las calles de Berlín, Simmel (1988a) dio cuenta de un fenómeno de la vida moderna: la aparición del *hombre metropolitano*, el hombre que al internalizar las fuerzas compulsivas de la sociedad, le sobreviene un sentimiento de desolación y desasosiego. Y fue esa misma necesidad de emanciparse y generar un aislamiento protector, lo que llevó al mismo Simmel (1988b) a investigar el sentido de la *aventura*, que definió como una experiencia (de riesgo) inalienable que rompe con el encadenamiento fluido y acostumbrado de la vida cotidiana.

Una característica del "hombre aventurero" (de igual manera que el "deportista radical"), es creer tanto en su propia fuerza, de la que está seguro, como también en su suerte, de la que está inseguro; una especie de "seguridad sonámbula" en palabras de Simmel (1998b), la cual consiste en creer convertir lo inseguro e incalculable en premisa de su acción y seguridad. Podría decirse que los deportes de aventura, igualmente, comparten el hecho de desempeñarse en ambientes no controlados, no urbanos ni rutinarios, y por proporcionar una experiencia donde entra en juego la habilidad propia y algo de suerte. Sin embargo, no significa que resulten

atractivos por su componente de peligrosidad. Como dice Krein (2007), el principal objetivo de involucrarse en cualquiera de las diferentes actividades físicas en contacto con la naturaleza, no es dejar su supervivencia a la suerte, sino más bien poder superar los peligros que conlleva su práctica a partir de los juicios y habilidades de los propios participantes.

Los deportes de aventura comparten una cualidad excepcional: se desarrollan en contacto con la naturaleza, en ambientes no estandarizados, mutables y no controlados. A diferencia del futbol o el basquetbol, donde se juega generalmente en una cancha con las mismas proporciones, en el surf, el oleaje del mar no permanece estable, cambia significativamente de un momento a otro, dependiendo de la marea y de la dirección del viento. Uno simplemente no puede dirigir las olas ni cambiar su tamaño, hay que adaptarse constantemente a la variabilidad de la escenografía. Como dice Anderson (2007), los deportes de aventura enfatizan una conexión (o armonización) entre la persona y la naturaleza, en tanto proporcionan una manera inédita y potencialmente significativa de (re)interpretarla. El atractivo y buena parte del sentido del *nosotros* tiene que ver, precisamente, con esa manera de conocer el mundo de un modo que *otros* no pueden ver. Como si se tratara de una forma de "imaginabilidad ambiental" (Lynch, 2008), lo que podría denominarse el *ojo de surfista*, es resultado de una codificación legible del océano, necesaria para mantener una cierta previsión y control sobre el terreno donde se juega.

Dicho esto, el deporte de aventura como los deportes en general, es un artefacto simbólico capaz de ser investido de múltiples significados dependiendo de quienes lo practiquen y el contexto en el cual se desarrolle (Alonso, 2014). Sin embargo, habría que complementar esta definición argumentando que, al ser una actividad en contacto con la naturaleza, proporciona un vehículo para la reinterpretación y apropiación simbólica de espacios ambientales al margen de lo urbano-arquitectónico. Situación que lleva a problematizar una concepción plural de la cultura en los deportes, en función de las distintas maneras de objetivar la naturaleza y de experimentarla sensualmente, y que hace que espacios como el mar operen como "territorios identitarios" individuales y colectivos, como se cree ocurre con la práctica del surf.

1.3.4 El deporte como fuente de significado

A lo largo de este apartado, se ha hecho referencia a las características esenciales (emoción, usos del cuerpo, espacio, reglas, etc.) que guarda la práctica del surf; unas provenientes del

juego, otras del deporte, y algunas más correspondientes a la interacción y el contacto con la naturaleza. Ahora, partiendo de una concepción semiótica de la cultura, quisiera examinar su práctica en tanto fuente de significado. Ya lo señalaba Huizinga (2007), todo juego simboliza algo. Cuando Fábregas (2001) dice que el equipo de fútbol "Chivas" de Guadalajara representa a la "nación", mientras el club América al "espíritu global", en realidad lo que hace es comprender la dosis de fantasía que reviste a estos dos equipos de futbol mexicano. En nuestro caso, el surf responde igualmente a una imaginería social, porque es más que una simple acción física, es también una *práctica significante*. Estar en el mar a la espera del próximo *set* de olas, puede representar un sentimiento de libertad, un escape de la rutina y de la ciudad, una oportunidad para socializar, o bien una escenografía para superar ciertos miedos.

El mismo Geertz (2009:356), nos recuerda que "imponer significación a la vida es el fin primordial y la condición primaria de la existencia humana". De tal modo que para desentrañar las estructuras de sentido subyacentes en la práctica del surf, bien se podría recuperar lo que él denominaba como *juego profundo*, para dar cuenta de las transacciones simbólicas que se dan tanto en los juegos como en los deportes, y explicar así las razones por las cuales un sujeto estaría dispuesto a arriesgar dinero, o bien a poner en peligro su integridad por una actividad sin ningún sentido utilitario aparente. Este significado puede hallarse en las recompensas obtenidas como resultado de la participación en el juego, ya sea en estatus o como un merecido momento de felicidad. A propósito de los deportes de contacto con la naturaleza, plantea Le Breton (2000) que el intercambio simbólico (o juego profundo) resultante de ese "contacto bruto" con el mundo, a través del uso de las potencialidades físicas, podría traducirse en una forma de orgullo (o voluntad de poder) por quienes se suscriben a estas actividades. Y es que cuando no existe un sentido alguno, difícilmente se aceptaría el costo económico, la inversión de tiempo y el riesgo que conlleva involucrarse en una actividad como el surf.

De acuerdo con Bourdieu (2000a), una práctica deportiva es polisémica, puede recibir múltiples interpretaciones y estar cargada de sentidos diferentes (a veces hasta opuestos), en tanto ofrece una gran disponibilidad para usos completamente diferentes. En el caso del surf, puede identificarse a quienes tienen un espíritu de competencia, mientras hay otros que sólo lo practican por mera pasión. Aquí quisiera retomar lo que señala Alonso (2014:45), de que "el deporte es un artefacto simbólico que puede ser investido con los significados más inesperados", para argumentar que la identidad de los surfistas, como se desarrollará más adelante, está abierta

al bricolaje y la resignificación. En otros términos, al conjugar de signos potencialmente significativos, por ejemplo, el espacio natural, la destreza física, las reglas, los valores, las creencias, el equipo deportivo, las emociones, etc., se construyen umbrales de adscripción y marcas relacionales de diferenciación con respecto a otros deportistas y surfistas por igual.

1.4 Identidad

1.4.1 La búsqueda de la identidad personal

Las sociedades contemporáneas por medio de las movilidades, los medios de comunicación y las industrias culturales, ofrecen actualmente un amplio inventario de dispositivos simbólicos (músicas, deportes, estilos de vida, etc.) que dan sentido a la construcción de identidades sociales. La identidad puede definirse, según Giménez (2007:56), como el "conjunto de repertorios culturales interiorizados (representaciones, valores, símbolos) a través de los cuales los actores sociales (individuales y colectivos) se reconocen entre sí, demarcan simbólicamente sus fronteras y se distinguen de los demás actores en una situación determinada, todo ello en contextos históricamente específicos y socialmente estructurados". Aquí me interesa examinar el engarce de la identidad con la práctica del surf; es decir, las ideas que tienen los surfistas acerca de sí mismos y de este deporte, cómo se distinguen de los otros, sus modos de acción y percepción para efectuar con éxito la actividad, así como la forma de habitar el espacio y cargarlo de sentido.

Conviene destacar que dentro de la amplia gama de deportes existentes, la adscripción a la cultura del surf (como a los demás deportes de aventura) responde a los nuevos mecanismos de *identidad del yo*, que operan como categorías de estatus ontológico seleccionadas por los sujetos individualmente, esto dentro de una diversidad de opciones que circulan a nivel global (Giddens, 1995). A diferencia del beisbol o el fútbol, prácticas deportivas con un patrón encaminado al éxito, a la competencia, y que han jugado un papel muy activo en la conformación de las identidades nacionales, estos deportes conocidos como "californianos" popularizados hacia la segunda mitad del siglo pasado, están más orientados a la experiencia corporal, la sensualidad y la expresividad personal. Para Eichberg (1998), las características de estos deportes se ajustan al escenario cultural de las "sociedades descentralizadas" que promueven las diferencias en los estilos de vida y procesos de construcción de la identidad.

El surf es una práctica significante ajustada al contexto de la búsqueda de la identidad

individual. De ahí que puedan hallarse algunas diferencias con respecto a las formas de adscripción más abarcadoras (o generalizables) como la nacionalidad, la religión, la etnicidad, el género, etc. Las personales se caracterizan por ser de una naturaleza lúdico-hedonista, no operan bajo la coerción como las otras modeladas por las instituciones de la sociedad. Según Giddens (1995:72), "la identidad del yo no es algo meramente dado como resultado de las continuidades del sistema de acción individual, sino algo que ha de ser creado y mantenido habitualmente en las actividades reflejas del individuo". Por esta razón, se encuentran soportadas en la propia convicción, como respuesta a las inconsistencias del mundo moderno y para concederle validez a la vida; son buscadas como puntos de referencia "alternativos" que puedan ofrecer una tabla simbólica en donde apoyar la individualidad de uno mismo.

Asimismo, en el caso de los deportes "al aire libre", por depender de la geografía y las condiciones ambientales para su práctica, el "coeficiente de generalidad" como propuesta identitaria es menor al de otras prácticas deportivas. En el surf, donde hay que trasladarse a las playas con ciertas condiciones de oleaje, se hace evidente que como "artefacto identitario" su campo de actuación es limitado. Se les podría llamar *identidades endémicas* por ser formas simbólicas de adscripción sociocultural, fijadas a contextos muy específicos; por ello ser surfista es algo característico de quienes habitan cerca de la costa o la frecuentan como destino turístico. Por otro lado, siguiendo a Bourdieu (1998), otra cuestión que hace de los deportes una propuesta identitaria distribuida entre diferentes fracciones de la sociedad, son los costes económicos, culturales y corporales de su práctica. La probabilidad de adscribirse al surf es dependiente, tanto del dinero y el tiempo libre que se posee, como también de una disposición a aceptar los riesgos y el desgaste físico que conlleva. O sea que ya sea por el lugar, o por su deber económico y corporal, esta forma de identidad es una opción que sólo puede elegirse en contextos determinados y bajo ciertas condiciones de posibilidad.

La búsqueda de la identidad personal no descarta el hecho de que como seres sociales, nos encontramos dentro de una red de pertenencias múltiples (de clase, de género, de edad, etc.), pero no niega tampoco la existencia de una libertad (relativa) para elegir a qué mundos queremos pertenecer y en cuáles nos gustaría participar por gusto propio. Dice Giddens (1995) que la identidad del yo hace referencia a los dispositivos culturales que de manera reflexiva son internalizados y practicados durante las trayectorias de vida de los sujetos. El hecho de estar bajo la lógica del mercado y que los productos culturales sean a veces una moda, una tendencia

de corto plazo, tal como crítica Bauman (2001), podrían mejor llamarse *identificaciones*, pues actúan como meras pasantías de ubicación, fluidas y atractivas por su carácter no obligatorio. Sin embargo, quisiera proponer que la identidad personal como algo que se aspira a conquistar, que se construye de a poco, exige dedicación y un esfuerzo sistemático para conseguir cultivar los referentes de adscripción y de pertenencia a dicha categoría ontológica. Son formas de identidad que demandan inversión y compromiso: cuánto más perseverante sea, con mayor fuerza nos acercará a unas personas, posibilitará formas distintas de apropiación del espacio, de utilizar el cuerpo y de percibirse a sí mismo de manera distintiva.

1.4.2 Referentes de adscripción y sentido de pertenencia

En términos generales, las identidades tienen que ver con las ideas fabricadas acerca de quiénes somos y quiénes son los otros, respaldadas en formas objetivadas e interiorizadas de cultura. Para comprender los límites o umbrales desde los cuáles se construye el sentido de identidad, dice Giménez (2007), es necesario profundizar en el conjunto de elementos físicos y sociales que delimitan la pertenencia cultural; es decir, el entramado de signos, símbolos, normas, actitudes, comportamientos, mentalidades, etc., por medio de los cuales los sujetos le confieren un sentido a su acción. Algo así como el "lado subjetivo" de los ámbitos de interacción en los que se participa. Tanto en el surf como en cualquier otro deporte, existen una serie de contenidos culturales o *referentes de adscripción* simbólico-expresivos, que los sujetos se ven en la necesidad de internalizar, para que se les vea y reconozca como tal y sean capaces de efectuar también con éxito la práctica deportiva.

Dado las características de los juegos deportivos (especialmente, los de contacto con la naturaleza), la presencia de los repertorios culturales distintivos de adscripción/diferenciación y de pertenencia/exclusión, cruzan por el conjunto de atributos físicos, mentales y emocionales que definen su práctica. La indumentaria, los instrumentos deportivos, la destreza corporal, los conocimientos y las sensaciones placenteras asociadas a formas de conflicto deportivo (o competencias), podría decirse, forman parte del reservorio material y simbólico que definen lo que Giménez (2007) llama la *distinguibilidad cualitativa* de la identidad. Hay que buscar cuáles son las cosas que hacen que los surfistas se perciban diferentes de quienes no participan de la actividad, lo que los destaca de los demás, y donde pueden hallarse los valores primordiales que delimitan la "unión" a esta cultura deportiva.

Junto al complejo de competencias que definen los referentes de adscripción, se encuentran también las representaciones para reconocerse entre sí, asignarle un valor a sus gustos y modelar un *sentido de pertenencia*. Para ello, recuperamos nuevamente el señalamiento de Bourdieu (1998) sobre las variaciones en la conformación de la identidad en los deportes que, según él, obedece a la percepción que se tiene de un deporte con relación a los demás, así como con la apreciación de los beneficios, inmediatos o diferidos, que se supone proporciona su práctica. Dicho con otras palabras, la construcción simbólica de la identidad la encontramos igualmente en las "comparaciones relacionales" y "recompensas" que de forma discursiva sostienen los aficionados. Todo deporte (incluido el surf), detona un sentido de pertenencia en función de algunas características, como el desarrollarse en lugares reservados, separados o en contacto con naturaleza; los momentos del día en que puede o debe practicarse; si se efectúan en solitario o en equipo; las posibilidades que ofrecen para la expresividad personal, el contacto físico y la utilización del cuerpo; el tiempo de preparación y la experiencia de aprendizaje; entre otras.

Por otra parte, se entiende la identidad no como una construcción esencialista; es decir, el conjunto de prácticas, valores y significados que definen los umbrales de pertenencia, dependen de los contextos sociohistóricos y entramados culturales específicos (Giménez, 2005; Valenzuela, 2009). Independientemente de la presencia cultural del surf en diferentes partes del mundo y de México, es importante destacar que como forma identitaria es resignificada y tematizada de múltiples maneras. No puede asegurarse que se experimente (social y culturalmente) de igual manera en San Diego y en Tijuana. Ninguna identidad debe pasar por alto la "continuidad en el cambio", así que se va a examinar el surf como adscripción en el contexto de esta ciudad fronteriza. Si se piensa que no todos los practicantes de un mismo deporte le atribuyen el mismo sentido a la práctica, podría argumentarse que también entre los surfistas de Tijuana, existen diferentes maneras de forjar su identidad a dicho deporte.

Entonces, se pretende como parte de la identidad relativa al surf, examinar los valores diferenciados que como dispositivo de adscripción presenta entre los practicantes. Habría que analizar cómo se construyen "identidades en plural" a partir de la misma actividad: desde los que lo ven como estilo de vida, hasta los que le dedican un menor tiempo (a veces sólo los fines de semana o veranos); los más apegados a un determinado lugar; a los que les interesa competir y a los que no. Siguiendo a Wheaton (2004), los deportes personales y de contacto con la

naturaleza, al combinarse con la individualización del consumo, afectan en la definición de los proyectos de vida de los sujetos, en su *estilo de vida*; por lo que no nada más es la experiencia de la práctica deportiva, sino lo que permea más allá de la actividad misma, lo que le otorga también su sentido. Es decir, la adquisición de hábitos y roles extradeportivos se perciben igualmente como parte de la identidad, sirviendo así para construir marcas de distinción-diferenciación aún dentro del mismo campo deportivo.

1.4.3 La identidad colectiva

Aunque el surf sea un deporte practicado de manera individual, donde las victorias y derrotas no afectan a un grupo, sino al jugador que se lanza sólo al desafío, como ya se había adelantado, existe también una dimensión colectiva. Siguiendo a Giménez (2007), la identidad personal y la identidad colectiva son dialécticas, no pueden existir una sin la otra, son interdependientes y complementarias: primero, porque el sujeto construye su identidad personal a partir de las diferentes culturas a las que pertenece o participa; y segundo, porque para que pueda existir necesita además ser percibida, ser reconocida como tal. Generalmente suele explicarse esta identidad colectiva con la conformación de clubes, grupos cerrados o comunidades. Pero en el contexto de la ciudad moderna y ante la emergencia de múltiples prácticas culturales de dedicación parcial, voluntarias y con diversos grados de involucramiento, conviene reconocer la existencia de agregaciones sociales más laxas, a mitad de camino entre lo individual y lo colectivo.

Sabemos que la identidad vehicula diferenciación. Cualquiera que ésta sea, requiere de construir con base en atributos reales o imaginados, una imagen de quiénes somos *nosotros* y quiénes son los *otros*; que en el surf podría ser cómo se utiliza el cuerpo, se reinterpreta el oleaje o se acepta honorablemente el desafío de una lucha uno a uno versus la naturaleza. Para Giménez (2005), la posibilidad de distinguirse identitariamente tiene que pasar por el reconocimiento de los demás en contextos de interacción y de comunicación. Visto desde esta perspectiva, un juego deportivo como el surf, opera como un subsistema social que modela acciones, percepciones y pensamientos, que una vez interiorizados personalmente, conllevan al reconocimiento de otros participantes. Podría decirse que lo colectivo, gravita en torno al hecho de ser uno de los *conocedores*, diría Bourdieu (2000a), de poseer los referentes culturales básicos que entre los surfistas sería, por ejemplo, conseguir deslizarse con éxito sobre una ola en plena evolución, o

bien conocer las reglas comunes y otros códigos variables dependiendo el contexto. O sea que para ser visto como uno más dentro del "gremio deportivo" y de esa manera reforzar la adscripción individualizada, se tiene que demostrar y confirmar (no siempre de manera intencionada) la adopción de competencias, roles y saberes del *otro generalizado*, es decir, de la colectividad en cuestión (Weiss, 2001).

Independientemente de su individualización, el surfista al trasladarse al espacio de juego y compartirlo con otros participantes, forma parte de lo que podría llamarse una "colectividad focalizada", basada en una serie de *códigos de socialización* suficientes para el correcto funcionamiento de la actividad deportiva. Entonces, aquí lo colectivo suele presentarse como aquellas pautas de conducta y sistemas de valores comunes al conjunto, es decir, el "mínimo ético" del que habla Simmel (2002) para referirse a las "leyes" (en este caso, reglas del juego) que le permiten vivir al individuo exteriormente como ser social. En el surf uno puede, si así lo desea, lanzarse sólo al encuentro con el mar, pero para interactuar con los demás tiene que compartir el argot, los modos, las prácticas, el terreno, el equipo y los instrumentos, entre otros referentes más, como mecanismos de reconocimiento-desconocimiento y umbrales del sentido de pertenencia. La identidad colectiva en este deporte quedaría mejor en términos de una *red simbólica* (o hermenéutica) que, según Valenzuela (2009), es un proceso de interreconocimiento ubicado entre lo individual y lo grupal, donde los miembros se saben parte de la red, comparten situaciones lúdicas, puntos de encuentro, emociones, valores y demás, sin que se produzca una cohesión social fuerte entre quienes la conforman.

Por otro lado, lo colectivo también se halla en las *prácticas de socialización* que van impulsando la unión de los individuos en razón no de la música, su residencia, sus preferencias políticas, sino del gusto por surfear las olas del mar. En palabras de Simmel (2002), la sociabilidad alude a un "estar-juntos porque sí", a una "forma lúdica de sociedad" por fuera de cualquier coerción y sin las motivaciones concretas de la agrupación. Los deportes son ámbitos que prescriben un modo de relacionarse con otros jugadores siguiendo una imagen distintiva y consciente de qué es lo que nos une (gustos, experiencias, estilos de vida, etc.). Debido a la regularidad de los tiempos y espacios específicos de la práctica del surf (la playa, el mar y los ratos de ocio, cuando las condiciones ambientales lo permiten), lo colectivo existe como *contenido* más que como forma asociativa bien definida, es decir, localizada en un conjunto de prácticas realizadas dentro de esa "unión", que articulan la yuxtaposición de individuos

separados en determinadas formas de convivencia y de estar con los otros y para los otros.

1.4.4 La identidad espacial y medioambiental

Como ya se dijo, la acción humana se encuentra espacializada y como tal, cualquier formación identitaria se relaciona con una forma de ocupar el espacio y atribuirle un sentido. La playa y el océano son espacios naturales, o sea que no han sido diseñados ni por bañistas ni por surfistas, sus características simplemente preceden a cualquier modo de utilizarlos. Podría decirse que a diferencia de los urbano-arquitectónicos construidos por el ser humano, en los ambientes naturales son las distintas interpretaciones simbólicas y los significados depositados en ellos donde gravita la dimensión cultural. Haciendo eco en los señalamientos de Lindón (2006), cuando se habla de "identidad deportiva", habría que comprender cuál es el *espacio de vida* frecuentado en torno al cual se forja cotidianamente la existencia del deportista; de igual manera que el *espacio vivido* que involucra lo que serían las cargas emotivas, la apreciación estética y las ideas revestidas con las cuales el espacio adquiere su sentido diferenciado.

Ahora bien, en los lugares naturales se puede hacer el engarce de la identidad, tanto con la objetivación del espacio, como con la objetivación de la naturaleza. Por un lado, siguiendo a Giménez (2005), la *pertenencia territorial* va desde compartir las pautas de significado, las actitudes, las creencias, los marcos de percepción, etc., encaminadas a construir una "realidad espacial" distinguible y compartida por otros. Encima de todo, hay que decir que no a todos les atrae la idea de estar en el agua salada del mar, menos cuando está fría; entonces, los surfistas, al adoptar conocimientos y habilidades físicas, aprenden a sobrevivirlo, a disfrutarlo, a diferencia de quienes prefieren simplemente contemplarlo como mero paisaje. Y por el otro lado, con respecto al significado simbólico de la naturaleza, se entiende que por medio de la práctica del surf (y de cualquier deporte de aventura en general), siguiendo a Eder (1996), uno puede desafiar la actitud ortodoxa del "distanciamiento" que coloca a la naturaleza en una situación de alteridad, para pasarse a la de "reunión", induciendo al sujeto a formar un cuerpo con ella, revelando esquemas de experiencia y percepción distinguibles vía la mediatización de la práctica deportiva. Este apalancamiento resultante de las diversas relaciones sociedad-naturaleza que median la relación entre individuo y colectividad, y de unos grupos frente a otros, es lo que aquí llamo la *medioambientización de la identidad* cultural.

Aunque todos los juegos deportivos cuentan con un espacio consagrado para su

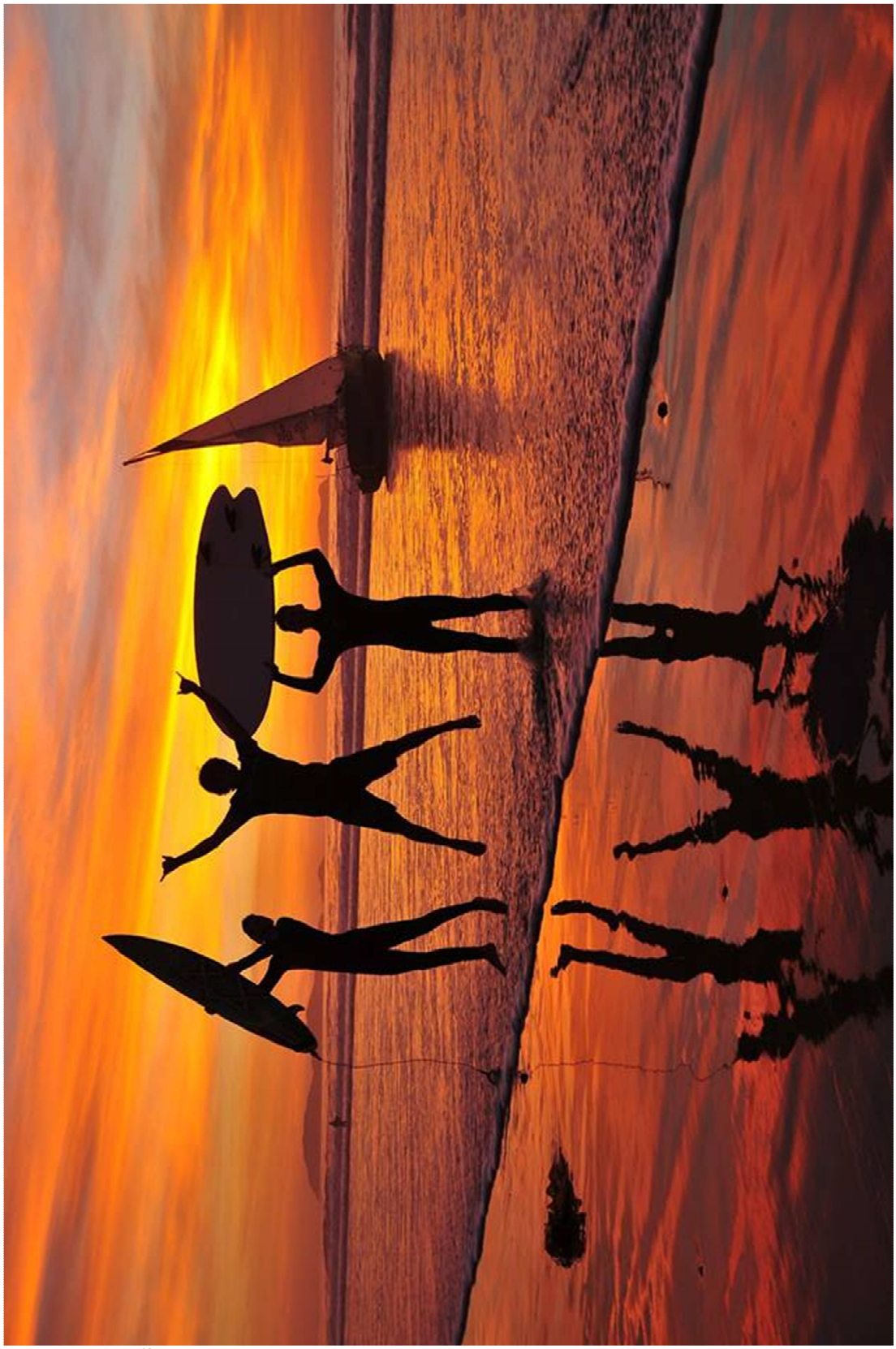
desarrollo, no siempre constituye un objeto simbólico entrañable como ocurre en el surf. El que no exista un control total sobre la escenografía, es decir, sobre la forma, el tamaño y la cantidad de olas, y que frente al aumento de participantes disminuya la proporción de olas surfeables, hacen de este "terreno de juego" un soporte privilegiado para la identidad. Siguiendo a Giménez (2007), la pertenencia territorial o apropiación del espacio, puede ser de carácter instrumental-funcional o simbólico-expresivo. En el primer caso, se enfatiza la relación utilitaria con el espacio, cómo hacen uso y qué obtienen los surfistas de estar en el océano que los destaca de otros usuarios, como podría ser el encuentro lúdico, la expresividad, el bienestar físico, las emociones que despierta la práctica, entre otras. Mientras que como soporte de sedimentación simbólica, se hace referencia sobre todo a la inversión de valores, las representaciones, el complejo de signos y mentalidades que revisten el espacio, y que permite, entre otras cosas, producir y reproducir su identidad deportiva.

En tanto los *puntos* para el surf se perciben de manera especial por el oleaje, así como por estar cargado de vivencias y recuerdos, pueden llegar a incorporarse como parte de la identidad de los surfistas. Lo que nos dice Giménez (2005:431) de que "el espacio no es sólo un dato sino también un recurso escaso debido a su finitud intrínseca y, por lo mismo, constituye un objeto en disputa permanente dentro de las coordenadas de poder", bien podría aplicarse al fenómeno del localismo y los comportamientos territoriales en este deporte. Además de los códigos que guían los intercambios sociales espacializados, las normas interiorizadas para distribuir ese "recurso escaso", dependiendo de su grado de saturación, la lógica de la identidad suele apoyarse, con mayor o menor intensidad, en la apropiación y el apego territorial, en la construcción de una idea de "sentirse local" que confiere estatus y privilegios, y que sirve para marcar los límites de la pertenencia a una colectividad.

Aquí se ha colocado la pertenencia espacial y la identidad ambiental juntas, porque finalmente la construcción simbólica de la naturaleza es resultado de la espacialidad humano-ambiental que acontece con la práctica deportiva "al aire libre". Según Tuan (2007) el ser humano desarrolla un afecto (o amor) por el lugar, una *topofilia* entendida como el conjunto de relaciones emotivas y sentimientos que unen a una persona con un determinado lugar. En la vida moderna, el contacto físico con el entorno natural es cada vez más indirecto, se encuentra cada vez más limitado a ocasiones especiales. Así que, la apreciación estética y el contacto físico, la comunión deportista-naturaleza que proclaman estas formas de actividad cultural, son

incorporadas como parte de la identidad ya que vehiculan una perspectiva diferenciada (y heterodoxa) del espacio vivido. Los lazos afectivos con el océano, o bien la eco-dependencia para consumar la recreación, son también referentes distinguibles de la adscripción cultural.

Una vez planteadas las teorías y los conceptos para el análisis, es momento de pasar propiamente al estudio de esta cultura deportiva. En el próximo capítulo, para contextualizar la información que será presentada más adelante en los resultados, se elabora un breve recuento histórico para comprender la génesis y consolidación del surf en la ciudad de Tijuana. Para esto regreso a sus orígenes en Hawái, después abordo la fase de modernización en California, y finalmente las relaciones de transfronteridad que hicieron hacedera su pronta apropiación del lado mexicano. Véase como un capítulo clave para comprender históricamente ciertos códigos y prácticas compartidas, que más adelante están incluidas en el cuarto capítulo.



Fuente: Fotografía y archivo personal de Carlos Varela

2. AL SURF DE LA FRONTERA: GÉNESIS Y CONSOLIDACIÓN DEL SURF EN TIJUANA, B.C.

2.1 Introducción

Actualmente el surf es una actividad cultural lúdico-deportiva que se realiza en varios países alrededor del mundo. Su historia en un sentido amplio transcurre por más temporalidades y espacialidades de las que podrían abarcarse en este capítulo.[3] Por consiguiente, elaborar un recuento exhaustivo y minucioso a propósito de los hechos históricos que le han dado su contenido y forma, no es mi intención por ahora. Las siguientes líneas deben leerse más bien como una primera aproximación a la génesis y consolidación del surf en Baja California, especialmente en la ciudad de Tijuana.

Se puede constatar que la ubicación histórico-contextual del fenómeno surf, no sólo en Tijuana sino en todo el país, es relativamente reciente. Hasta mediados de la década de 1960, todavía era un deporte desconocido por la mayoría de la población, nadie se había imaginado que las olas del Océano Pacífico podían ser aprovechadas como medio de locomoción. Al menos en la frontera norte de México, la temprana génesis del surf se debió a las potentes dinámicas transfronterizas de circulación de personas y bienes de consumo. A continuación, voy a explorar y describir el proceso de apropiación cultural y su afianzamiento al sur de la frontera, lo mismo que las relaciones iniciales entre ambos países y algunos factores determinantes que marcaron su paso de Waikiki hasta Playas de Tijuana.

Considero se trata de un apunte relevante si se toma en consideración que hasta la fecha no existe un escrito que relate la historia de este deporte en el contexto de esta ciudad fronteriza (véase Pijoan, 2008; Cota, 2011). Finalmente, sólo quisiera agregar que el objetivo de incluir este apartado ha sido para recuperar, con base en el examen de fuentes primarias (entrevistas y documentos históricos), algunos elementos icónicos, históricos y contextuales relacionados con la cultura del surf, que resultan significativos para enlazarlos con los objetivos planteados en la investigación.

[3] Buena parte de la narrativa histórica del surf, según Ford y Brown (2006), se puede ubicar en tres principales categorías, a saber, la *tecnológica*, *cultural* y *performativa*. Esto es, según las innovaciones en el equipo deportivo (particularmente en las tablas), los cambios en la imagen y los valores relacionados con el surf (o mejor dicho, su cultura), y las variaciones en el modo de trabajar la ola y las maniobras respectivamente.

2.2 Hawái

Hasta el día de hoy no existe un consenso sobre el verdadero origen del surf. Hay quienes dicen que los primeros en aprovechar el oleaje como medio de locomoción fueron los habitantes de las Islas del Pacífico, en la Polinesia Antigua, y otros que aseguran fueron los de Perú, donde ahora se conoce como Huanchaco (Warshaw, 2010). Sin embargo, las investigaciones por el momento demuestran que en ninguna otra parte del mundo la práctica del surf alcanzó tal desarrollo y arraigo cultural como lo hizo en Hawái (véase Finney, 1959). Es de suponer que en su recorrido a bordo de canoas por más de 2,500 millas a través del océano, desde el sudeste asiático hasta el Pacífico Central, hace aproximadamente 4,000 años, los primeros pobladores de estas islas (el triángulo polinésico) desarrollaron habilidades físicas y se hicieron de un conocimiento detallado del mar, que más tarde los llevó a descubrir la manera de tomar impulso con la fuerza de una ola y deslizarse sobre la misma, actividad a la que llamaron *he'e nalu* los hawaianos.

Antes de la llegada de los conquistadores británicos, explica el antropólogo Kenneth Emory, el orden cultural en la islas de Hawái se encontraban bajo el dominio del *kapu* (tabú), un sistema de leyes y normas impuestas de manera estricta que reglamentaban la vida social en su conjunto, incluida la práctica del surf (citado en Finney y Houston, 1996). Algunas de las restricciones o *kapu* más conocidas eran las que tenían que ver con la construcción de tablas de surf (*papa he'e nalu*) y los privilegios de los jefes que podían utilizar un tipo de tabla (*olo*) y surfear cierto tipo de playas de manera exclusiva. A grandes rasgos, durante esta época el deporte era una práctica ritual en la que participaban todos los habitantes de esta región, tanto hombres como mujeres (Gibson y Warren, 2014). A diferencia de lo que sería el actual surf de ola grande (*tow-in surfing*) y de las competencias profesionales, los hawaianos lo practicaban más como un mero pasatiempo o para agradar o atraer a otra persona, no pretendían poner en riesgo su vida ni conquistar títulos por ello.

No existen registros por escrito de esta práctica cultural hasta el año 1778, cuando el capitán James Cook, a bordo del *HMS Resolution* arribó al archipiélago de la Polinesia (a las que llamó Islas Sandwich) y con su "mirada occidental" describió por primera vez la maestría con la que los hawaianos se adaptaban al océano y aprovechaban la fuerza de su oleaje para deslizarse y encontrar una satisfacción en ello (Finney y Houston, 1996). En esos tiempos, el europeo promedio veía las aguas del mar como un elemento de la naturaleza adverso y

amenazante (Walker, 2011). En sus diarios de viaje publicados de manera póstuma bajo el título *A voyage to the Pacific Ocean*, el explorador británico sorprendido de lo que veía al llegar a estas tierras relató: “no puedo evitar concluir que este hombre sintió el placer más supremo mientras era impulsado tan veloz y tan sutilmente por el mar” (traducción propia, citado en Warshaw, 2010:31).

Ilustración 1. Dibujo del surf hawaiano.

Fuente: retomado de Finney (1959)

Hacia el año 1819, con la llegada de los misioneros calvinistas comenzó a declinar la cultura local, incluyendo la práctica del *he’e nalu*. En su afán de civilizar a los habitantes de estas islas, el nuevo orden colonial utilizó toda la fuerza moral del protestantismo e impuso otros valores como la piedad y la modestia, lo que llevó a los hawaianos encontrar cada vez mayores dificultades para deslizarse sobre las olas. No sólo las tablas de surf quedaron prohibidas, también la bebida, el baile (*hula*) y otros juegos que con el tiempo fueron desapareciendo; a cambio se les obligó a “vestir” de un modo occidental y a trabajar por jornadas más prolongadas (Finney, 1960). A su vez, la población disminuyó considerablemente por causa de las distintas enfermedades venéreas que trajeron consigo los “hombres blancos” (*haole*). Cuando en 1853 la orden calvinista fue levantada, el sistema *kapu* ya había desaparecido por completo y con ello el contenido simbólico-ritual del surf. A pesar de que en las décadas siguientes resurgió su práctica, el significado cultural que tuvo durante este periodo se perdió para siempre.

Hacia finales del siglo XIX, Hawái se convirtió en uno de los principales exportadores de azúcar de caña y arroz, particularmente hacia los Estados Unidos. De ahí que ambos países

llegaran a firmar un acuerdo de concesión exclusiva que eliminaba cualquier tipo de impuesto comercial a las importaciones y exportaciones. Cuando con el ascenso al trono de Lili'uokalani, última monarca del Reino de Hawái, se intentó derogar la Constitución Bayoneta poniendo en riesgo los intereses económicos de los "nuevos ricos" de origen europeo y estadounidense, éstos prepararon a mediados de 1898 un plan para anexar la isla a los Estados Unidos (Warshaw, 2010). Después de este hecho histórico los intercambios culturales se intensificaron, y el deporte que hasta entonces se había mantenido por unos pocos hawaianos que surfeaban las olas como práctica identitaria y de resistencia a la dominación colonial (Walker, 2011), pasó a ser a partir de la fundación del *Hawaiian Outrigger Canoe Club* en 1908, una actividad recreativa impulsada para promover el turismo al nuevo territorio norteamericano (Finney, 1960). El surf pronto se hizo popular pero ya sin el carácter ritual de la tradición.

2.3 California

Hacia el año 1898, cuando el territorio de Hawái se anexó a los Estados Unidos, la aventura como actividad cultural humana estaba adquiriendo una mayor relevancia dentro de la sociedad norteamericana. Bajo el mandato del presidente Theodore Roosevelt, las recreaciones en entornos naturales, "al aire libre", obtuvieron un fuerte impulso al ser consideradas como formas de desahogar y descansar de la extenuante vida de la ciudad (Gibson y Warren, 2014). Las playas, las montañas, los ríos, etc., pasaron de ser espacios sin ningún atractivo lúdico a ser atesorados para satisfacer la nueva moda del "hedonismo naturalista". Esta mentalidad fundamentada en los ideales del movimiento romántico, coincidió con el propósito del gobierno norteamericano de promover el turismo y la migración a la isla (Warshaw, 2010). Al notar el potencial del surf para llamar la atención de los americanos, la imagen negativa que hasta entonces cargaba fue desplazada por otra que lo veía como una manera de causar sentimientos y emociones favorables al individuo.

Entre las diferentes personalidades que ayudaron a difundir el deporte en los Estados Unidos, destaca la participación de Jack London, que por el año 1907 viajó a Waikiki, una de las playas más famosas de Hawái por sus olas surfeables. Reconocido como uno de los mejores escritores de aventura de su tiempo, dedicó varias páginas a describir sus experiencias surfeando y la estupenda habilidad con la que los hawaianos se deslizaban sobre la quebrada de las olas. Sus relatos cautivaron a mucha gente que jamás había escuchado hablar del surf. Publicadas en

1911 en su libro *El crucero del Snark*, London proporcionó las primeras claves y consejos por escrito de cómo remar y colocarse en la rompiente, convirtiéndose en la primera guía práctica para aprender a montar las olas sin morir en el intento.

Posteriormente, ya en los Estados Unidos hubo dos personajes que fueron fundamentales para dar a conocer el surf. El primero de ellos fue George Freeth, un joven de origen hawaiano que emigró a la ciudad de Los Ángeles cuando apenas comenzaban los proyectos de urbanización de la costa oeste de California. En ese tiempo, Freeth fue contratado por la Pacific Electric Railway para realizar exhibiciones de surf y de este modo promover el uso de la línea ferroviaria que llegaba hasta Redondo Beach, al borde de la playa (Marcus, 2005). Se encargó de enseñarles a los primeros entusiastas cómo surfear las olas y construir sus propias tablas, ayudando a consolidar esta cultura fuera de Hawái en el sur de California. La segunda figura emblemática, igual de origen hawaiano, fue el "Big Kahuna" Duke Kahanamoku, considerado desde muy joven como uno de más destacados surfistas de la playa de Waikiki. Después de haber batido records y conseguido la medalla de oro y plata en las olimpiadas de Estocolmo 1912, Kahanamoku recibió numerosas invitaciones para ofrecer demostraciones de natación, pero al incluir en ellas también su dominio y control sobre las olas, popularizó el deporte en Estados Unidos, Australia y otras partes del mundo (Kampion, 2003). De ahí que se le conozca por ser el padrino de la era moderna del surf.

Para entonces el surf era simplemente una actividad recreativa, una cultura de playa casual, sin embargo, con la crisis económica de finales de los años veinte se convirtió en todo un estilo de vida que interrogaba los valores dominantes de la sociedad. El pionero de esta visión fue Tom Blake, quien además de ser reconocido por evangelizar el estilo de vida *surfer* y contemplar la playa como "la iglesia del cielo abierto" adjudicándole propiedades espirituales al deporte, también hizo notables contribuciones al diseño de tablas y a la fotografía del surf (Fordham, 2008). De este modo, sus practicantes comenzaron a percibirse a sí mismos como miembros de una comunidad cultural diferente a la de otros, con una singular visión del surf como pautador de modos de vida y de comportamiento. Podría decirse que los años de crisis le proporcionaron al deporte uno de sus valores decisivos que hasta el día de hoy se mantiene, esto es, encontrar "un aliento de vida" en su práctica y una alternativa para responder a las presiones y agobios de la cotidianidad.

Más adelante, a finales de la década de 1950, tuvo lugar lo que vendría siendo la

"explosión demográfica" del surf en los Estados Unidos, esto debido a varias razones. Una fue que todo el país (pero especialmente California) pasaba por un momento económico inmejorable, como consecuencia surgió una potente cultura consumista que motivaba a los individuos a gastar más dinero en sus preferencias de recreación (Marcus, 2005). Después la natalidad alcanzó una tasa de crecimiento importante que generó lo que se conoce como el "baby boom",[4] y muchos de estos jóvenes nacidos en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, empezaron a ser escolarizados por un sistema educativo más liberal que alentaba la experimentación. Por consiguiente, este temperamento impulsó a los jóvenes a cuestionarse lo establecido y en su lugar adoptaran estilos de vida alternativos como el que les ofreció el surf (Booth, 1999). Asimismo, más que en cualquier otro lugar de Estados Unidos, en California los muchachos comenzaron a ser el blanco de las industrias culturales, se filmaron películas, grabaron discos de música e inclusive se construyó el primer parque de diversiones. Y finalmente, otro factor importante para su desarrollo fue la fiebre del automóvil, herramienta necesaria para trasladarse a la playa y poder transportar las tablas, y que a partir del año 1948 se volvieron más accesibles.

Ahora, en relación a la cultura del surf, las playas de San Onofre y Malibú (localizadas a 115 y 266 kilómetros de la frontera respectivamente) en esos años se caracterizaban por ser lugares semiurbanos, apartados de la ciudad y con muy poca gente, por lo que llamaron la atención de los jóvenes que querían escapar de la tutela de los adultos y sentirse "libres". La playa de Malibú de hecho en los años cincuenta llegó a ser considerada como la Waikiki de California, por ser contemplada como un lugar de veraneo, ideal para vestir casualmente o con poca ropa, y porque además de la práctica de surf podían observarse otros elementos icónicos de la cultura hawaiana como el baile de *hula*, el *ukulele*, los techos de palma o *hale*, entre otros (Warshaw, 2010). Así pues, Malibú se convirtió en el punto de encuentro entre Hawái y California, donde fue forjándose una fuerte cultura de playa por la que es bien conocida la región.

Para finales de la década, el panorama idílico del surf como una práctica reciente, diferente y poco conocida, de la noche a la mañana cambió. Después de que la industria del cine lanzara *Gidget* en 1959, película para adolescentes que le dio al deporte una exposición sin

[4] El "baby boom" es la expresión en lengua inglesa utilizada para dar cuenta del fenómeno demográfico ocurrido entre 1946 y 1964, cuando hubo un inusual repunte en las tasas de natalidad. Se cree que el impacto cultural que tuvo esta generación fue la búsqueda de mayores libertades individuales.

precedentes, el surf se convirtió en la nueva moda californiana y el número de *surfers* se multiplicó en tan sólo unos meses (Boove, 1996). Al poco tiempo, se fue creando un aparato semántico en torno al surf con "valores subterráneos" que se contraponían a las representaciones insulsas de las películas y a su exagerada comercialización. Esta noción reconceptualizada de la cultura del surf se caracterizó por acentuar su particularidad y producir un sentido de identidad entre los jóvenes de clase media. Durante el cénit de la contracultura en los años sesentas, los *surfers* al igual que los *hippies, bikers* y *skaters*, pasaron a ser blanco de estereotipos y se les etiquetó como una amenaza a los valores primordiales de la sociedad norteamericana. Al ser supuestamente un deporte pero en el que no había un marcador ni podía apreciarse una competencia, las autoridades lo vieron como una actividad intrascendente e intentaron cerrar las playas y confiscar las tablas aunque sin éxito (Marcus, 2005). Era claro que el surf despertaba una gran fascinación, parecía como si tuviera una vitalidad por sí misma, poco faltaba para que consolidara su aceptación pública.

Ilustración 2. Surfers californianos a finales de los años cincuenta.

Fuente: retomado de Fordham (2008)

El surf se convirtió en el centro de gravedad de un nuevo "estilo subcultural" debido al impacto que tuvo la tabla Malibú creada por Bob Simmons. Este modelo era más económico, ligero y fácil de transportar, y por su tamaño y forma era más maniobrable, lo cual permitió surfear olas que antes no se podían. Estos factores son importantes porque hicieron que más gente pudiera tener su propia tabla y porque llevaron el deporte hasta ciudades con playas que estaban recibiendo fuertes inversiones como Malibú, Huntington Beach, Venice Beach y Santa

Mónica, entre otras (Irwin, 1973). Posteriormente, los *surfers* para reconocerse a sí mismos adoptaron como parte de su organización estilística la música surf, un argot propio, un modo de vestir y formas rituales como lo es (y sigue siendo) el "surf trip" o *viaje de surf* (Kampion, 2003; Marcus, 2005). Esto porque el auge espectacular del surf llevó a que las playas (especialmente Malibú) se saturaran y comenzaran a darse los primeros comportamientos territoriales, la creación de clubes, pero sobre el escapismo a *spots* con buen oleaje y sin tanta gente (Booth, 1999). Como dice Bruce Brown en su película *Endless Summer* (1966), quizás la que mejor captura este *ethos* aventurero, "todo surfista sueña con encontrar un lugar tan bueno como Malibú". Este ideal de movilizarse en búsqueda de la ola perfecta contribuyó en buena medida a exportar el deporte a diferentes partes del mundo.

Se puede hallar un antecedente del "viaje efímero" por fines de ocio y de recreación en el movimiento beatnik de los años cincuenta. Sin embargo, de acuerdo con Warshaw (2010), las excursiones de los *surfers* tenían como premisa las olas, es decir, su principal motivación para llevar a cabo estos viajes era el surf y no un sentimiento de rechazo a la sociedad consumista. Los llamados *surfin' safaris* tan importantes para la difusión del deporte, fueron en principio una práctica cultural particularmente californiana, porque los otros dos lugares donde el surf había escalado en presencia social, Hawái y Australia, por ser islas tenían una movilidad limitada y además no contaban con el mismo acceso a automóviles (Booth, 1999). Entonces, en lugar de los clubes organizados y confinados a lo local como sucedió en ambos países, los surfistas estadounidenses adoptaron el viaje como un valor primordial de su cultura, y fue precisamente eso lo que los llevó a dar a conocer el surf en lugares como Perú, Nicaragua, Costa Rica, Brasil y México.

2.4 Ensenada

El hecho de que Ensenada sea conocida como la "cuna del surf en México" tiene mucho que ver con su desarrollo histórico a partir del siglo XX, cuando comenzaron a intensificarse las relaciones comerciales con Estados Unidos, especialmente con San Diego, ciudad que desde el año 1900 hasta el día de hoy es considerada como la más grande y poblada de la frontera suroeste norteamericana (véase Alegría, 1989). En primer lugar, la época de la prohibición que estuvo vigente de 1919 a 1933, trajo como consecuencia un incremento en el flujo de visitantes americanos, contribuyendo así a impulsar considerablemente el sector turístico. Luego en los

años treinta, durante el gobierno cardenista, el reparto de tierras propició las condiciones para desarrollar la industria agropecuaria en lugares como Maneadero, San Quintín y el Valle de Guadalupe, con lo cual varios empresarios provenientes de California llegaron a asentarse en estas tierras siguiendo el compás económico. Así, los procesos transfronterizos que impulsaron la actividad productiva, hicieron que Ensenada adquiriera una composición cultural marcada por la influencia de lo estadounidense.

Ahora bien, la costa de este municipio comenzó a ser visitada y disfrutada por los turistas especialmente a finales de la década de 1930 (Verduzco et al., 1995). En esos años la Compañía Mexicana del Rosario, aprovechando el auge turístico del momento inició la construcción del Hotel Playa de Ensenada (después llamado Hotel Riviera), el cual llegó a ser considerado uno de los más llamativos y lujosos del país. En ese sentido, los servicios lúdico-hedonistas de Ensenada no le dieron "la espalda al mar", como fue el caso de Tijuana. Los estadounidenses no sólo realizaron paseos a esta ciudad motivados por el ambiente de los casinos, las cantinas y los clubes nocturnos, sino también por los parajes naturales, algunos de ellos ideales para la pesca deportiva y la cacería, actividades recreativas que en su momento habían adquirido una creciente popularidad (Verduzco et al., 1995).

Cuando en el año 1935 se construye la carretera libre Tijuana-Ensenada, el traslado de turistas a la ciudad se vuelve más asequible y en consecuencia, las relaciones tanto económicas como comerciales comenzaron a tener mayores vínculos con lo estadounidense. Como resultado de esta significativa actividad transfronteriza en distintos órdenes, el uso recreativo de las playas empezó a incorporar otras prácticas culturales entre las cuales se ubica el *surfriding*. Aunque no se sabe a ciencia cierta cuándo ni dónde ocurrió, existe la creencia de que a finales de los años cuarenta, la playa de *Estero Beach* y otras más que contaban con un oleaje idóneo para surfear, llamaron la atención de unos cuantos *surfers* provenientes de California, siendo los primeros en deslizarse en las aguas del Océano Pacífico de la región (véase Pijoan, 2008; Cota, 2011). En resumidas cuentas, la emergencia de la cultura del surf al sur de la frontera, como muchos otros fenómenos en la región, se debió al crecimiento económico y a las situaciones de transfronteridad de la vida en la ciudad.

Hacia comienzos de la década de 1960, la población de Ensenada ya había incorporado como parte de su cotidianidad los paseos y las actividades en la playa. Muchos de los jóvenes que años más tarde se sintieron atraídos por el surf para entonces pescaban, buceaban y nadaban

retando las olas de esta bahía, por lo tanto, desde antes de conocer esta cultura deportiva ya habían desarrollado una disposición para percibir y apropiarse del mar como un espacio de divertimento. Asimismo, tanto los movimientos estudiantiles y (sub)culturales, como también la importancia creciente del consumo y el desarrollo de las industrias del entretenimiento dirigidas a los jóvenes, sirvieron de piedra de toque para la aparición de culturas juveniles diferentes y en contraposición a la vida adulta (Hall y Jefferson, 2014). Sus inquietudes y demandas eran otras, además de que los años de escuela se prolongaron y con ello también su incorporación a las filas del trabajo. Podría decirse que los jóvenes se beneficiaron de las mejoras en los niveles de vida y las nuevas oportunidades de educación, y fueron menos reprimidos por las viejas posturas hacia el ocio, por lo que sentían menos culpa respecto al placer y a las satisfacciones inmediatas. De este modo, la devoción por la playa y el auge del "consumidor adolescente", prepararon el terreno para que los jóvenes ensenadenses adoptaran el surf para otorgarle una forma expresiva a su experiencia de vida social y material.

Con el apoyo económico de sus familias y las ventajas de vivir en la frontera y poder acceder a bienes de consumo de los Estados Unidos, la primera "tribu" de surfistas en México se conformó hacia principios de 1964, cuando un grupo de jóvenes empezó a practicar el deporte en Playa Hermosa en Ensenada, "una playa de arena con oleaje típico de rompientes de barras de arena, mala forma pero benignas para aprender y practicar" (Cota, 2011:47). Para esto, sus familias les habían inculcado de chicos "ideas vanguardistas de la cultura californiana" y "el dominio del idioma inglés", que resultó siendo una gran ventaja al aprender por "los primeros *Surfer magazine* que comenzaban a publicarse", las partes una tabla y las instrucciones para surfear las olas. "En aquel entonces México era un país con la espalda al mar, los jóvenes practicaban futbol, beisbol y todo lo que terminaba con bol, era difícil interesarlos en el surf, un deporte para gringos acostumbrados al agua fría" (Cota, 2011:48). Pero hubo los que eran fanáticos de los deportes de playa, que quedaron totalmente enganchados al meterse al agua y *correr* acostados su primera ola hasta la orilla.

> De ahí en adelante el surfing se convirtió en nuestra obsesión, íbamos todos los días a practicar sin importarnos el clima frío, o las críticas de nuestros padres quienes temían nos olvidáramos de nuestros estudios y responsabilidades y nos convirtiéramos en unos verdaderos vagos de la playa, mientras tanto nosotros seguíamos empecinados en convertirnos en surfers de 'hueso colorado' (Cota, 2011:50).

Con el propósito de desarrollar el surf y cambiar la mala imagen que tenían los *surfos* ensenadenses de hippies y vagos, éstos siguieron el ejemplo de los clubes californianos como el Windansea Surf Club para crear los suyos: "En el año 1965 nos reunimos en San Miguel para dar forma y estructura al primer club del surfing mexicano [el Baja Surf Club] con la finalidad de promover el deporte, mediante estructuras para organizar concursos, explorar oleajes en el Pacífico Mexicano, participar en torneos en California y lograr un torneo internacional en San Miguel" (Cota: 2011:57).[5] Hacia el año 1967 cuando el surf pasó a ser el nuevo "deslizamiento de la moda" en Ensenada y entonces cada vez más jóvenes empezaron a surfear las olas de playas como Stacks, 3 Emes y Salsipuedes, se gestaron otros clubes como el Makaha Surf Club integrado por *surfos* novatos de una segunda generación.

El Deslizamiento de Moda

Quedó Formado el Baja "Surf Club" de Ensenada, con Seis Deportistas

Ilustración 3. Fundadores del Baja Surf Club en Playa Hermosa, Ensenada, 1965

Fuente: www.uaposurf.com

Esta pequeña comunidad de apasionados de las olas comenzaron a modelar una cultura del surf con elementos icónicos, formas de vestir y modos de pensar, fuertemente influenciada por la cultura *surfer* californiana. En aquellos años no existían las tecnologías satelitales para pronosticar el oleaje, era común llegar a la playa y que no estuvieran las condiciones adecuadas, por lo que realizaban otras actividades en la arena y el mar como arponear o pescar. "Nuestra base era San Miguel, ahí nos quedábamos a dormir en el coche esperando a que amaneciera para agarrar las primeras olas de la mañana" (Memo, entrevista, 2015). Cuando no surfeaban se

[5] El Baja Surf Club permaneció integrado hasta 1968 cuando sus miembros se separaron para formar una división mexicana del Windansea Surf Club, llamada Windansea de México. En el año 2015, el Baja Surf Club volvió nuevamente a operar para conmemorar el 50 aniversario de su fundación.

juntaban a platicar de los principales clubes y estrellas del surf de California y Hawái, las competencias mundiales, los modelos de tablas, etc. “Una vez en el garaje de un compañero, nos organizamos ahí para ver por primera vez la película *Endless Summer* (la primera película formal de surf en el mundo), la vimos como unas cinco veces ese día” (Memo, entrevista, 2015). Como era la moda, a la par hubo jóvenes que lo intentaron una vez y no volvieron a meterse porque no aguantaban el agua fría, y otros que se paseaban los domingos con su tabla en el carro y nunca jamás surfearon.

En el verano de 1966, el Baja Surf Club organizó en conjunto con la United States Surfing Association (USSA), el primer evento internacional de surf en México, el *Baja Surf Club Invitational* en la playa San Miguel, que se celebró por cuatro años consecutivos. Esa vez, entre los clubes participantes de mayor relevancia, estuvieron el Windansea Surf Club, Malibú Surfing Association, Long Beach Surf Club, San Onofre Surf Club, Tamarack Surf Club, entre otros, todos ellos del sur de California. Desde un principio la cultura *surfer* ensenadense estuvo atravesada por una condición de transfronteridad, es decir, por una fuerte relación e intercambio con “el otro lado”. Según cuenta “Nacho” Cota (2011:65): “El concurso empezó, la música de los Rolling Stones y los Beach Boys comenzó a sonar, el olor a cera de tablas, el público, el cornetazo de inicio, la esencia de un buen concurso, finalmente esto era una realidad”. Este primer *Baja Surf Club Invitational* lo ganó el hawaiano David Nuuhiwa, uno de los mejores *nose riders* de la época. Los primeros clubes de surf permanecieron activos hasta fines de 1970 cuando varios de sus miembros se separaron.

Me gustaría señalar que estas líneas no agotan en absoluto la historia del deporte en la costa de Ensenada, actualmente sede de numerosos torneos locales, regionales e internacionales, el más espectacular de ellos, el *Todos Santos Challenge* organizado por la Liga Mundial de Surf (WSL por sus siglas en inglés). Aún queda pendiente incluir la historia de las mujeres en el deporte, que comenzaron a practicarlo hasta principios de la década de 1990 cuando se iniciaron las primeras competencias femeniles; lo mismo el caso de los diferentes negocios y asociaciones relacionados con el surf y la conservación de olas surfeables, de los cuales varios de ellos han sido creados en los últimos años.[6] Por ahora me propuse reconstruir de manera resumida la génesis y consolidación del surf en esta ciudad, con el objetivo de contextualizar ahora los

[6] En el año 2014, la Isla Todos Santos situada en la bahía de Ensenada, donde actualmente se celebran torneos del circuito profesional, fue declarada como “Reserva Mundial del Surf” (la sexta en el mundo) por la calidad y consistencia de sus olas.

orígenes de esta práctica cultura en Tijuana.

2.5 Tijuana

Durante muchos años, la playa de Tijuana donde ahora se surfea era un territorio prácticamente despoblado. Hasta que se firmaron los Tratados de Guadalupe Hidalgo en el año 1848, adquirió mayor relevancia, pues con la demarcación de la nueva frontera entre México y Estados Unidos, se convirtió de un día a otro en la playa más al norte del país. Al poco tiempo, resultó ser un atractivo para los americanos que ocasionalmente organizaban excursiones de ida y vuelta para comer, bañarse y tomarse fotografías en el "Monumento 258" (instalado en el año 1851 para trazar el límite del país), que en ese entonces llamaba la atención de los turistas por su valor simbólico como uno de los sitios emblemáticos de la frontera mexicana (V.V.A.A., 2013). Así permaneció el aspecto de la playa de esta ciudad hasta los años cincuenta, sólo cerros, el mar y un solitario monumento.

Los inicios del surf en Tijuana no pueden desvincularse de las principales motivaciones por las que los estadounidenses se han movilizado históricamente al sur la frontera: las plenas posibilidades de ocio y recreación. Cuando la Ley Seca fue promulgada en 1919, el flujo de turistas que cruzaban al territorio mexicano aumentó exponencialmente. En consecuencia, se multiplicaron los hoteles y bares, se autorizaron las peleas de box, de gallos, los casinos y las corridas de toros, con el objetivo de impulsar la economía de la región (véase Bringas, 2003). Para entonces, la costa no formaba (ni lo sigue haciendo) parte de la oferta lúdico-hedonista de Tijuana. Hasta que se crearon los primeros campamentos a un costado de la playa y con la apertura del "Rosarito Beach Hotel" en 1925, el mar de esta región obtuvo mayor importancia, principalmente a comienzos de los años treinta cuando la Ley Volstead fue derogada y el turismo tuvo que diversificarse. La prohibición dejo huella al quedar entre los estadounidenses una imagen de tolerancia, poco control y aventura asociada al sur de la frontera, la cual sería recuperada tiempo después por la cultura del surf.

Un par de décadas antes de que comenzara la construcción del fraccionamiento Playas de Tijuana, que ayudó a incorporar el mar a la vida social de la población, esta parte de la ciudad se encontraba abandonada. Siendo una playa inhóspita, hubo quienes se lanzaron a surfear sus olas por primera vez a finales de la década de 1930, cuando la moda del surf estaba expandiéndose por todo el sur de California en lugares como Venice Beach, Rancho Palos

Verdes y San Onofre (esta última ubicada a sólo cien kilómetros de la frontera). Con la novedad del surf de ola grande, la porción de playa que se extiende desde Playas de Tijuana hasta Imperial Beach, llegó a ser considerada el *punto* donde los *surfers* evaluaban si estaban listos para las monumentales olas de Makaha y Waimea, en la isla de Hawái (Warshaw, 2010). Hoy en día, este *spot* no representa un atractivo para los deportistas californianos (por la supuesta contaminación del agua), pero por los años cuarenta y cincuenta, cuando el cerco fronterizo aún no existía, personajes como Dempsey Holder disfrutaron de surfear las olas de esta playa a medio camino entre México y Estados Unidos (Gault-Williams, 2005).

Hacia el año 1959, cuando la ciudad disfrutó de una prosperidad económica, emigraron miles de personas provenientes de distintas partes del país, y el crecimiento urbano se extendió hacia el oriente, pero también al poniente a un costado de la playa. El nuevo fraccionamiento Playas de Tijuana que la urbanizadora promocionó como "la ciudad que nace junto al mar", era "un espacio cerrado habitado por una clase medio-alta que se vive como libre exactamente porque está cerrado, aislado de la dinámica corrosiva de la ciudad, de sus peligros y su caos" (Montezemolo, 2006:98). Así pues, la gente de Tijuana dejó de darle la espalda al mar y empezó a disfrutarlo, su uso balneario y los paseos por la playa se tornaron recurrentes; ciertamente, el lugar era un intento de reproducir el elitismo y el *lifestyle* californiano. Posteriormente, en 1960, con la intención de aprovechar la urbanización de la costa para diversificar la actividad turística (hasta entonces concentrada en la calle Revolución), se prolongó la calle Segunda para conectar el centro con Playas de Tijuana y se construyó un malecón que corría casi un kilómetro a partir de la línea internacional (Eguiarte, 2000). Aquel territorio abandonado se transformó un lugar de veraneo, con el sol, la arena y el mar en el centro de un nuevo estilo de vida.

La temprana apropiación del surf en la ciudad fue consecuencia de la fuerte influencia cultural de los Estados Unidos, particularmente de California; por tanto, el deporte no llegó desde Hawái sin escalas, sino del otro lado de la frontera. A diferencia de otros fenómenos juveniles como la música rock, el surf no se transmitió por la radio sino las mismas olas deslizaron su práctica a Baja California. Pueden destacarse dos factores importantes que intervinieron en este proceso: primero, al final de la Segunda Guerra Mundial ocurrió el "boom" del automóvil, lo cual hizo más plausible la movilidad humana entre México y Estados Unidos (Bringas, 2003); y segundo, a principios de los sesenta cuando el deporte se volvió una moda en California (especialmente en Malibú), se popularizó el ideal de escapar de las playas

saturadas y lanzarse en búsqueda de la ola perfecta (Kampion, 2003). De este modo, las olas de la *Baja* se convirtieron en un elemento icónico de la cultura *surfer* californiana.

En esos años se glorificaron los "surfaris" (o *surfin' safaris*) y con ello también los viajes de surf al sur de la frontera. Por su cercanía y precio accesible a los jóvenes estadounidenses, las playas de Baja California se ajustaron a este esquema de "cazar las olas" quizás como ninguna otra. Tanto el *ethos* aventurero, como los diferentes *spots* para practicar el surf a lo largo de la península, se difundieron a través de la *Surfer magazine* (que en 1967 publicó el primer artículo sobre la región titulado "In darkest Baja") y algunas películas como *Surf Crazy* (1959), *Search for Surf* (1961) y *Surfing Hollow Days* (1961). En esta última podía verse a *surfers* legendarios como Gordon "Grubby" Clark y Mike Hynson deslizándose sobre las olas de San Miguel en Ensenada. Lo mismo sucedió con la música, pues se inventaron canciones de música surf (la banda sonora de la cultura de las olas) rotuladas con nombres como "Tijuana Surf", "Baja", "K-39", "Punta Baja", entre muchas más, que funcionaron también para capturar la atención de los jóvenes y motivarlos a perseguir las olas del lado mexicano.

Dicho esto, la emergencia del fenómeno surf en Tijuana (como en el resto de la región) fue consecuencia de la colindancia con los Estados Unidos y de los procesos de interacción cultural transfronteriza. Al crecer los sectores medios en México, se conformaron otros vínculos con lo estadounidense y "creció así la idea de la frontera como puente de oportunidades, imagen asociada a la posibilidad de presumir por haber estado ahí, y con el acceso al consumo de productos *del otro lado*" (Valenzuela, 2003:44). A diferencia de otras "culturas adolescentes" (pachucos, hippies, rocanroleros, etc.) que emergieron también por los signos adyacentes permeables e impermeables entre ambos países, la mirada del *surfer* no sólo estuvo puesta en "el otro lado" sino también "de este lado", pues los americanos en su deseo de ir más allá percibieron la frontera marítima como un paraíso por sus atractivas olas y poca gente en el agua. Por ser similares las condiciones del mar a uno y otro lado de la línea divisoria, la geografía del surf abarcó una gran ciudad regional en la que las dos Californias se traslaparon culturalmente.

Hacia fines de 1964, cuando la ciudad pasaba por un buen momento económico y los sectores medios crecieron, despertó el interés por el deporte entre los jóvenes tijuanenses que ya iban a surfear a las playas de Rosarito (cuando todavía formaba parte del municipio de Tijuana). En ese momento, Tijuana se encontraba desconectada del resto del país: la moneda nacional se utilizaba poco, circulaba más mercancía americana, era fácil cruzar la frontera y